

LOS MUERTOS GRITAN DE ESPANTO

ADA CORETTI

—Tengo miedo a morir asesinada —le tembló la voz—. Mucho miedo… Esto me hace vivir con el alma en un hilo…

—¿A morir asesinada? —Richard no pudo tomárselo en serio—. Pero ¿quién va a querer asesinarte a ti?

Y la sorprendente respuesta fue:

—Algún muerto.

—¿Cómo? —Se había quedado perplejo—. ¿Qué has dicho? Creo que no he terminado de entenderte.

—Sí, me has entendido perfectamente. He dicho *algún muerto*.

—Pero ¿desde cuándo los muertos matan? —A pesar suyo, Richard se removió, incómodo, en el asiento—. Los muertos ya no tienen vida, y permanecen quietos y silenciosos por toda la eternidad.

—Te equivocas, Richard. Yo puedo asegurarte que no todos los muertos se resignan con su suerte y que algunos se rebelan y gritan…

—¿Gritan? —inquirió—. ¡Tía Carol, que tú nunca has estado mal de la cabeza! No vayas a decepcionarme a estas alturas.

—Sí, gritan —necesitó un nuevo trago de *whisky*—. Y yo por las noches les oigo… Llegan sus voces desde el cementerio. A veces, son voces simplemente quejosas o doloridas. Otras veces es peor, gritan de espanto.



Ada Coretti

Los muertos gritan de espanto

Bolsilibros: Selección Terror - 85

ePub r1.0

Titivillus 11.04.15

Título original: *Los muertos gritan de espanto*
Ada Coretti, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Una ola de robos, atracos y secuestros, jalonados de muertes espeluznantes, se abatía sobre la pequeña ciudad de Asbertton.

La Banda Negra, así se la llamaba, tenía trágicamente aterrorizados a todos sus habitantes.

El que capitaneaba el grupo de siete componentes, siempre siete, ni uno más ni uno menos, iba vestido de negro, de la cabeza a los pies, y llevaba cubierto el rostro con una máscara grotesca, absurda, que parecía robada de un bullicioso carnaval.

Era de complexión delgada, de mediana estatura, de movimientos ligeros y de gestos que pecaban indudablemente de afeminados. Asimismo era algo fina y meliflua su voz, por lo que unos y otros, incluidos la policía, habían acabado por deducir que se trataba de un homosexual.

Los demás componentes vestían de igual forma que su jefe. Sólo les diferenciaba una circunstancia. La máscara del jefe reía abiertamente, mientras que las de los secuaces ofrecían un gesto triste y dolorido, casi lloroso.

Un contraste efectivo, ya que de buenas a primeras se ponían los pelos de punta.

Sin duda, debía ser ésta la finalidad perseguida.

Todo empezó el día que un tal Cawson, dueño de un moderno supermercado, recibió un anónimo. Se le decía que debía entregar, en el lugar que se le indicaba, cinco mil libras. Se recalcaba el hecho de que no debía informar a la policía. Si en algo no obedecía, o no acataba las órdenes recibidas, su hijo pequeño moriría.

Cawson acudió a la policía, donde por descontado le fueron ofrecidas toda clase de seguridades. Pero, desgraciadamente, a pesar de las precauciones tomadas y de la vigilancia desplazada, un par de semanas después, el niño apareció muerto, clavado en las puntas de lanza de la verja del colegio.

La maestra vio el hecho, sin poder hacer nada por evitarlo. Fueron siete sujetos vestidos de negro, con máscaras sobre sus rostros. Siete sujetos, que luego huyeron rápidamente en dos coches.

Poco después, sucedió un nuevo caso, muy parecido al anterior. Aunque con un desenlace aún más escalofriante.

Y desde entonces, los habitantes de Asbertton quedaron sumamente *predispuestos* a obedecer sin rechistar.

Pero la Banda Negra no se limitaba a secuestrar niños, y a mano armada asaltaba establecimientos, edificios bancarios, cuanto pasaba por su cabeza. Y el botín era siempre de consideración; por lo que pronto se llegaba a la conclusión de que el jefe era inteligente, astuto, y bien relacionado, sabiendo siempre dónde asestar el golpe y cuál era el momento adecuado de hacerlo.

Pero, en definitiva, ¿quién era el jefe?

Al alto, moreno, joven y desenvuelto Richard Mibbons no parecía preocuparle excesivamente este tema. Aunque esto no quiere decir que pensar en esos crímenes y atropellos alevosos no le indignara tanto o más que a cualquier otro honrado ciudadano.

Pero Richard Mibbons estaba actualmente de un excelente humor, convencido de que todo iba a sonreírle de la mejor manera.

Había entrado como secretario particular del señor Burner. William Burner, el dueño de la mansión señorial de las afueras de Asbertton. Tenía un magnífico sueldo, un inmejorable trato, y a Bessy, la hija rubia y bonita del señor Burner, que había tardado muy poco en sentirse profundamente interesada por él.

En cuanto al propio señor Burner, sencillo, llano, muy lejos de ese orgullo al que su fortuna cuantiosa parecía darle derecho, no veía con malos ojos aquel idilio que aún no se había iniciado, pero que, evidentemente, tenía todas las trazas de llegar a serlo.

El día antes, el señor William Burner le había dicho:

—Mañana por la noche doy una fiesta. Vendrán de Londres muchos de mis amigos y lo mejor de Asbertton. Ven tú también, muchacho. Quedas invitado.

—Es un honor para mí —dijo Richard.

—Mi hija se alegrará mucho de verte.

Y el señor William Burner sonrió abiertamente, con lo que dio su beneplácito por adelantado.

Por todo ello, Richard Mibbons, que a su vez se sentía sinceramente atraído por Bessy, no podía menos de decirse que sus astros estaban de cara, y que el porvenir no podía ofrecérsele verdaderamente más risueño.

Pero, qué duda cabe, sus complicaciones empezaron con la llamada telefónica que recibió aquel atardecer.

Era su tía Carol quien se hallaba al otro lado del hilo. Una voz débil, temblorosa. Quería verle. Era urgente, pues se sentía muy enferma. No quería morir, sin antes haber cruzado un par de palabras con él.

Richard le prometió que iría a verla inmediatamente. Sólo le pedía el tiempo preciso para ponerse al volante de su coche y para recorrer los quince kilómetros que separaban un lugar del otro.

* * *

Hacía más de un año que tía Carol y él no se veían. Siempre habían estado algo distanciados.

Richard tuvo un padre recto, intachable y honrado. En cuanto a la hermana de su padre, tía Carol, había sido el lamentable reverso de la medalla. A los dieciocho años se escapó de casa y empezó a vivir su vida, sin prejuicios ni moralidad de ninguna clase. Su primer empleo fue corista. Luego, encontró algo mejor. Pero la juventud acaba pronto, y el declive llega sin apenas darse cuenta, marchitando los encantos. Había sacado mucho dinero a los hombres, pero también se le había escapado rápidamente entre los dedos, como agua que resulta imposible retener. Finalmente, se refugió en una casa, vieja y destartalada, lo único que le quedaba, y se limitó a acariciar sus recuerdos de antaño.

A Richard se le encogía el ánimo cada vez que entraba en aquella casa, donde parecía mascarse, casi digerirse, el fracaso final de una vida que, mejor encauzada, sin duda hubiera tenido muchos más hermosos atributos.

En esta ocasión, cuando tía Carol le abrió la puerta, aún fue peor. Había tanta suciedad, polvo e incluso telarañas por todas partes, que no pudo evitar la sensación de que todo aquello estaba a punto de desmoronarse.

—¡Richard! —exclamó tía Carol, con los ojos arrasados en lágrimas, y le abrazó muy fuerte.

Nunca lo había hecho así. Ni nunca Richard vio lágrimas en sus ojos. Hasta entonces, tía Carol jamás le demostró otro sentimiento que no fuera un discreto y comedido afecto.

—¡Oh, Richard, qué bien me siento ahora, a tu lado! Pasa, por favor, pasa…

Se adentró en la pequeña planta baja y llegó a la pieza principal, el comedor, donde tía Carol lo tenía todo un poco mejor aseado.

A través de las ventanas, se veía el panorama que rodeaba a la casa, nada acogedor, por cierto. Richard ya lo recordaba de otras veces.

Hacia el Norte, las líneas sencillas del parador de la carretera, y hacia el otro lado, los altos cipreses que bordeaban el cementerio. Sólo se aclaraba la imagen mirando a lo lejos, entre uno y otro punto, hacia la ancha casa de piedra acotada por una valla de madera que señalaba e indicaba bien claramente que se trataba de una propiedad privada. Una propiedad, empero, que todos los vecinos de muchos kilómetros a la redonda sabían que se hallaba abandonada. Lo que su aspecto evidenciaba, sin lugar a dudas.

—Bien, tía Carol, aquí me tienes —sonrió Richard, ya sentado frente a la dueña de aquella desapacible vivienda—. Si en algo puedo ayudarte… No, no —se adelantó a lo que ella pudiera decirle— tú no vas a morirte. Ni hablar de eso. Tu aspecto es muy bueno.

Y lo era, si bien tía Carol hacía ya muchos años que estaba convertida en una vieja, plagada de implacables y crueles arrugas.

—Con franqueza, Richard —le confesó—, me encuentro bien. Pero se trata de algo que no me deja dormir por las noches. Es algo más horrible de lo que pueda parecerte.

—Dime lo que sea.

Debió considerar que antes necesitaba cobrar valor con una copa de *whisky*. Así que se la sirvió. La botella la tenía en un pequeño armario, muy al alcance de la mano.

—Te pondré una copa a ti, Richard.

—No, tía, gracias. Ahora no me apetece.

El *whisky* de tía Carol era deplorable, una verdadera ofensa para el paladar medianamente exigente. Y Richard lo sabía, por lo que, para evitarse un mal momento, prefirió declinar el ofrecimiento.

Se lo explicó así que apuró de un trago el *whisky* que se había servido.

—Tengo miedo a morir asesinada —le tembló la voz—. Mucho miedo… Esto me hace vivir con el alma en un hilo…

—¿A morir asesinada? —Richard no pudo tomárselo en serio—. Pero ¿quién va a querer asesinarte a ti?

Y la sorprendente respuesta fue:

—Algún muerto.

—¿Cómo? —Se había quedado perplejo—. ¿Qué has dicho? Creo que no he terminado de entenderte.

—Sí, me has entendido perfectamente. He dicho *algún muerto*.

—Pero ¿desde cuándo los muertos matan? —A pesar suyo, Richard se removió, incómodo, en el asiento—. Los muertos ya no tienen vida, y permanecen quietos y silenciosos por toda la eternidad.

—Te equivocas, Richard. Yo puedo asegurarte que no todos los muertos se resignan con su suerte y que algunos se rebelan y gritan…

—¿Gritan? —inquirió—. ¡Tía Carol, que tú nunca has estado mal de la cabeza! No vayas a decepcionarme a estas alturas.

—Sí, gritan —necesitó un nuevo trago de *whisky*—. Y yo por las noches les oigo… Llegan sus voces desde el cementerio. A veces, son voces simplemente quejosas o doloridas. Otras veces es peor, gritan de espanto.

—¡Todo esto que estás diciendo, tía Carol, es una sarta de desatinos! ¡Algo incomprensible en ti!

—Sabía que no ibas a creerme. En fin —se encogió de hombros—, debo resignarme. Es natural que no me creas. A tu edad yo tampoco hubiera creído una cosa así. Bueno —terció—, en realidad te he pedido que vinieras con una determinada finalidad.

—Tú dirás, tía. Haré por ti lo que sea preciso.

—No, no… —denegó con la cabeza—. A pesar de todo, aquí vivo a gusto y aquí esperaré mi muerte. Es que quería entregarte algo.

Se levantó y fue hacia un cajón, del que extrajo un estuche de terciopelo negro.

—Es lo único que he conservado de mis buenos tiempos… Es una pulsera de oro y zafiros. Mírala, es muy bonita.

Se la mostró. Tenía unos adornos muy originales, con un zafiro cada dos o tres centímetros.

—Es tuya, Richard.

—Te lo agradezco mucho, tía. Pero tú necesitas dinero… Véndela, y con lo que te den… con lo que te den —repitió— que alguien venga a vivir contigo, a cuidarte, a limpiar todo esto. ¿Cómo puedes vivir, tía Carol, entre tanta suciedad y tanto polvo?

—No, no —dijo ella, moviendo en sentido negativo la cabeza—, quiero que esta pulsera sea para ti. Nada más voy a poder dejarte.

—¡Pero si no tienes que dejarme nada!

—Me estoy comiendo esta casa. Una hipoteca más y tendré que irme. Pero, bien mirado, no creo que mi vida llegue tan lejos. Ya te lo he dicho, estoy asustada, temo que me maten.

—¡Por favor, tía, no cojas manías! Y quédate con la pulsera, yo te lo agradezco igual.

—Nada, nada —le sonrió a través de su miedo, de su al parecer disparatado miedo—. La pulsera ya es tuya, y vas a llevártela… Sólo te pido, a cambio, que vengas a verme más a menudo.

—No sabía que desearas mis visitas. Pero ahora que lo sé, cuenta con verme cada dos por tres. No hay tanto desde Asbertton hasta aquí.

—Menos aún, en un coche tan flamante como el tuyo. ¿Te van bien las cosas?

—Sí, tía.

—Me alegro sinceramente. Por ti y… y… —se decidió a decirlo— y por tu padre. ¡Era tan bueno! Lástima —suspiró— que yo no supiera parecerme a él. ¿Sabes lo que últimamente he pensado, más de un centenar de veces? Que debí morirme yo en su lugar. En fin, ya se sabe que en estas cuestiones no cabe elegir. El destino elige por nosotros. Quién sabe —agregó, estremeciéndose— de haber muerto, quizá ahora yo sería una más, desde el cementerio, a dejar oír mi voz quejosa, dolorida… O tal vez mis gritos de espanto…

CAPÍTULO II

Richard había salido a gusto de aquella casa. Allí dentro, el oxígeno no había terminado de llegarle a los pulmones.

Tía Carol no estaba loca, ni tan siquiera desequilibrada, pero indudablemente lo parecía, y ello le había causado una sensación muy enojosa y deprimente.

Sí, se estaba bien fuera de allí, al volante de su coche, ya de regreso a Asbertton.

Se estaba bien, pensando nuevamente en Bessy, la hija única del acaudalado William Burner.

«Durante la fiesta de mañana le diré que la quiero —pensó—. Y algo más adelante, le regalaré esta pulsera. Es muy bonita. Seguro que le gustará mucho».

Pero de un modo casi súbito, una densa, una densísima niebla, cubrió la línea de la carretera y los alrededores.

Richard Mibbons dejó de pensar en Bessy y detuvo el coche. No quería cometer imprudencias. Y una grave imprudencia hubiera sido seguir adelante sin contar con las más mínimas condiciones de seguridad.

Por lo demás, como sea que viera cerca el parador, decidió ir a tomarse una cerveza. Posiblemente despejaría mientras tanto. Aunque no estaba muy seguro de ello, pues la niebla se hacía más espesa, más cortante, casi palpable, conforme pasaban los minutos.

Ya en el interior del establecimiento, desierto en aquel momento de clientes, se acercó al mostrador y solicitó lo que deseaba a la muchacha que estaba allí.

—En seguida, señor.

Y la muchacha se giró, mostrando a Richard toda su esplendorosa y radiante belleza. Algo ciertamente fuera de serie.

Su cuerpo estaba perfectamente proporcionado, y el jersey, muy ajustado, daba a sus senos lozanos, turgentes, un perfil sumamente

tentador. Tenía el cabello oscuro, negro como una noche sin estrellas, y los ojos rasgados, verdes, fascinadores, cuya profundidad parecía desafiar a los más profundos abismos de la tierra.

Le sirvió la cerveza.

—Qué niebla, ¿eh? —dijo él, para entablar conversación.

—Sí —asintió ella, brevemente.

—Bueno, aquí se está bien.

—Sí —volvió a decir tan sólo.

No le daba facilidades para alargar la conversación, pero Richard no estaba dispuesto a marcharse de allí, conformándose con tan poco. ¡Era tan profundo el impacto que había hecho en él la hermosura de la muchacha!

Su interés por Bessy no tenía posible comparación con lo que, de pronto, se veía sintiendo por aquella muchacha de unos veintidós años, guapa, tentadora e irresistible hasta cortar el aliento.

Al poco, la muchacha dejó el mostrador y se fue hacia una de las ventanas del parador, desde donde quedó mirando el exterior. Un exterior cada vez más cargado de niebla.

Richard acabó de tomar su cerveza y la siguió.

—¿Por qué no se sienta conmigo y me hace compañía? Mientras, podemos hablar un poco. No puedo seguir adelante con mi coche hasta que aclare la niebla, a menos que quiera hacer oposiciones para romperme la cabeza.

—No quiero que se la rompa —dijo ella, con una sonrisa.

¡Y fue la sonrisa más increíblemente maravillosa que Richard había visto en su vida!

Por unos instantes, se quedó embobado mirándola.

Ella se sentó a su lado. Quedó entre ambos una pequeña mesita.

Poco después, hablaban ya con cierta naturalidad.

—Me llamo Richard… Richard Mibbons. ¿Y usted?

—Valerie… Valerie Boss… Soy la sobrina del dueño de este parador. A esta hora no suele haber clientes y mi tío aprovecha para descansar un poco. Se tiene que levantar muy temprano, porque entonces se detienen muchos camioneros.

—Comprendo. Sin embargo, éste no parece un lugar apropiado para usted.

—¿Por qué no? ¿Le ve algo de malo?

—No es eso. Pero es usted tan guapa, permítame decírselo, que

me desconcierta verla en este lugar.

—Pues, ¿dónde debiera estar?

—No sé —sonrió Richard—, supongo que en un palacio. Esto como mínimo.

—Gracias —ella sonrió a su vez—. Pero no —se apresuró a decir—, creo que en un palacio me sentiría peor. Aunque imagino que allí sería todo mucho más fácil. Aquí no lo es. Cuesta ganar dinero. —Y sin transición—: ¿Viene usted de Asbertton?

—Sí, he venido a ver a una tía, que reside cerca de aquí. La pobre está ya muy vieja y tiene sus manías. Ya se sabe, con los años…

—Sí, claro —asintió—. Se debe ser comprensivo.

Sin saber exactamente por qué, a Richard Mibbons le dio por explicar a la muchacha lo que le dijera su tía, referente al cementerio y a las voces que desde allí llegaban.

Tal vez era que, en el fondo, Richard no había desatendido a tía Carol tanto como él mismo había creído.

—¡Imagínese! Voces y gritos desde el cementerio.

Valerie se puso pálida. Muy pálida.

—No irá a decirme que usted también oye esas voces, ¿no es eso? Me dejaría usted de una pieza.

—Pues se lo digo. —La voz de Valerie había temblado, como no hacía mucho temblara la de su tía—. Yo también por las noches oigo gemidos y gritos. Y si por aquí no hay casas, no hay nadie, absolutamente nadie, ¿de dónde vienen, de dónde salen, de dónde llegan esas voces? Sólo cabe una respuesta: del cementerio.

—Pero usted es una muchacha seria, equilibrada, ¿no es cierto? Pues siendo así, no puedo creer…

—Yo no le he dicho que lo crea. Simplemente me siento aturdida al respecto y también un poco intranquila; todo hay que reconocerlo. —Pero quiso, por lo visto, dejar el tema y preguntó—: ¿Desea otra cerveza, señor?

En aquel momento apareció el tío de Valerie, Brian Boss, un hombre ya mayor, delgado, casi enjuto, con escaso cabello.

Hizo un gesto de pocos amigos, al ver a su sobrina sentada y hablando con Richard.

Un gesto que a Richard no le pasó desapercibido, así que, para ser visto con más benevolencia, solicitó:

—Una nueva cerveza, por favor.

Esta vez le sirvió el tío de Valerie, dejándosela sobre la mesita. Luego, volvió al mostrador, y se puso a limpiar vasos.

Richard metió la mano en el bolsillo del pantalón, y sacó un billete. Se lo alargó a la muchacha, dispuesto a decirle que lo que sobraba era la propina.

Pero Valerie no cogió el billete.

Él dijo:

—Tome…

Ella siguió quieta.

Y su tío, desde el mostrador, exclamó:

—¡Esta sobrina mía! Discúlpela, señor… Discúlpela, se lo ruego… Ha debido decírselo… Es ciega…

* * *

Richard se quedó como si le hubieran dado un mazazo en la cabeza.

—¡Debiera regañarte por tus tonterías, Valerie! —exclamó de nuevo—. ¡No tienes por qué ocultarlo, como si fuera una vergüenza…! Pero, bueno, hoy no quiero sermonearte… Hoy es tu cumpleaños, ¿verdad?

Valerie asintió.

—Son malos tiempos —dijo el tío—. No tengo ningún regalo para ti. Otro año será.

—Sí, tío —asintió Valerie.

Luego se levantó, dirigiéndose hacia el mostrador, donde se dedicó a colocar en su sitio los vasos que su tío dejaba ya completamente limpios y secos. Debía tener costumbre de hacerlo, pues sus gestos eran seguros.

Ahora, la muchacha parecía empeñada en hacer algo, en no permanecer inactiva. Tal vez se trataba de que quería, ante todo, disimular lo nerviosa que se había puesto.

Richard miraba a través de la puerta de entrada. La niebla persistía, pero, de todos modos, se iba aclarando.

Luego de un silencio largo y persistente, el tío de Valerie se fue de nuevo al interior de la vivienda, dejándoles otra vez solos.

En aquel momento, Richard se levantó, como impulsado por un resorte, y se acercó a la muchacha, diciéndole:

—Permítame hacerle un regalo de cumpleaños.

—¿Cómo…? —preguntó ella, sorprendida.

—Tome —y le puso en las manos el estuche de terciopelo negro de tía Carol—. Es muy bonita… Es de oro, con zafiros engarzados…

—¿Qué es? —Le temblaban las manos.

—Una pulsera —dijo Richard—. Déjeme que se la coloque…

—¡Oh, gracias! —exclamó, con lágrimas en los ojos—. Pero no, no puedo aceptar… Ha dicho que es de oro, y con zafiros… Debe valer mucho…

Richard insistió:

—Acéptela, se lo ruego…

* * *

Ya cerca de Asbertton, Richard Mibbons no comprendía aún cómo había podido regalarle a Valerie la pulsera. Fue el suyo un arranque que no tenía sentido, incomprensible.

Fue, bien mirado, como si, a pesar suyo, se viera arrastrado, forzado, casi obligado a dársela.

De todos modos, no se arrepentía demasiado de su acción. Aún recordaba el temblor emocionado de las manos femeninas sobre las suyas, y el tono mojado de lágrimas de su voz:

—Muchas gracias, señor.

Pero lo cierto es que, entre una cosa y otra, Richard Mibbons necesitó aquella noche ir a parar a una sala de fiestas.

Necesitaba beber, y, sinceramente, más de una copa.

¿Por qué los últimos acontecimientos le habían aturdido en exceso?

No, todo seguía igual. Nada de importancia había sucedido. Se había impresionado un poco más de la cuenta, y esto era todo.

Richard sabía que su buena, vieja y leal Rita, la sirvienta que le cuidaba y atendía, desde que perdió a sus padres, no cenaría mientras él no llegara.

Aun así, Richard no se vio capaz de ir a su piso y de hablar, proceder y actuar como si todo hubiera ido normalmente.

Al marcharse prefirió airearse, en el ambiente superficial y frívolo de un club nocturno. Aunque sólo fuera lo indispensable para poder centrar sus ideas.

En la pista actuaba una vocalista, que ya conocía de otras veces que había frecuentado aquel local. No era una chica bonita, ni atractiva, pero tenía una voz adorable.

La chica que verdaderamente era bonita y atractiva era la que se le acercó a Richard, pocos instantes después.

Iba muy descaradamente vestida, luciendo suelta, vaporosa, su larga cabellera de color rojizo. De un rojizo subido, que hacía pensar en un incendio devastador.

—Hola…

—Hola —respondió Richard—. ¿Qué tal, Dorothy?

—Bien, guapo, bien… —Iba muy pintada y su gesto era provocativo, como el de todas las chicas que trabajaban allí—. Hace mucho que no te veía… ¿Tan mal recuerdo guardas de la última noche que estuvimos juntos…? ¿Qué ha sido de ti? ¿Te has casado?

—No.

—Me alegro.

—Pero voy a casarme pronto —aclaró, pensando en Bessy—. Así que no es fácil que vuelvas a verme por aquí.

—¿Un marido tan formal vas a ser…? —se rió.

—Sí, claro.

—¿Por qué claro…? Muchos vienen por aquí, y están casados… En fin, ya te comprendo; tú te casarás y será para compartir penas y alegrías, salud y enfermedad, lo bueno y lo malo… Bueno, me invitas a tomar algo, ¿verdad?

—Sí.

—Antes decías «Sí, preciosa». ¡Uf, qué formal y aburrido te has vuelto!

Era algo más serio que eso lo que a Richard le estaba sucediendo.

No terminaba de asimilar sus propias sensaciones. Sensaciones que había experimentado de un modo excesivamente brusco e inesperado.

Luego de beberse un par de copas, pagó su consumición y la de la chica, y se decidió a marcharse.

—¿No quieres que te acompañe? —se ofreció, insinuante,

Dorothy.

—No.

—Bueno, nos veremos otro día, guapo. Antes de que te cases…

—Lo pensaré —dijo, pero sólo por quitársela de encima.

—¿Quieres que te telefonee? —insistió.

—No —volvió a denegar. Y añadió, para zanjar de una vez el asunto—: En todo caso, ya te telefonearé yo.

—De acuerdo.

Richard salió de allí, de peor humor del que había entrado.

CAPÍTULO III

En la señorial mansión de las afueras de Asbertton, propiedad de William Burner, se estaba celebrando un baile brillantísimo.

Nada faltaba, como en todas las fiestas que allí se llevaban a cabo. Al señor Burner le gustaba hacer bien las cosas.

Pero en esta ocasión, el dueño de la casa mostraba algo ensombrecida la expresión de su semblante. Sin duda era debido a que había tristeza en los ojos de Bessy, su niña mimada.

—¿Qué te sucede, hija?

—Nada, papá —contestó ella.

—Sí, sí… —insistió el señor Burner—, algo te pasa. A mí no puedes engañarme.

—Richard Mibbons… —empezó a decir la muchacha, pero se detuvo.

—¿Qué pasa con él? —preguntó.

—Ha estado amable, simpático, pero no me ha dicho nada especial… Y yo esperaba que se me declarara… ¡Qué decepción más grande, papá!

—Quizá aún… —aventuró.

—No, la fiesta está ya concluyendo. Ya no debo hacerme ilusiones. Al menos, por lo que se refiere al día de hoy.

—No te preocupes, hija. Todo acabará a tu gusto, ya lo verás.

—Así lo espero, papá.

Una fuerza superior había impedido a Richard actuar respecto a Bessy del modo previsto. En realidad, su interés por ella se había enfriado tanto, que ya ni acertaba a saber lo que verdaderamente sentía por ella.

Tampoco sabía con exactitud lo que sentía por Valerie…

Pero en este caso concreto, sí sabía algo importante, esencial, básico. Necesitaba volver a verla. Era la suya una acuciante y perentoria necesidad.

Pero dejó de pensar en Bessy, e incluso en Valerie, al oír lo que, cerca de él, hablaban dos caballeros:

—Mientras la Banda Negra ande suelta, todo Asbertton se hallará sobre ascuas.

—Parece mentira que la policía no haya llegado todavía a ninguna pista efectiva.

—Todo son deducciones.

—Sí, meras deducciones… Por ejemplo, se especula sobre la posibilidad de que quien capitanea el grupo sea un homosexual… Que si sus gestos son afeminados, que si su voz resulta fina, meliflua… Pero yo me pregunto a mi vez… ¿Por qué no puede ser una mujer el cerebro de ese grupo desalmado? No sería la primera mujer en la historia de la delincuencia que…

Los dos caballeros se alejaron, y Richard Mibbons no pudo oír nada más.

Pero había oído ya suficiente.

Se dijo a sí mismo:

«Claro…, claro… Puede muy bien tratarse de una mujer…».

* * *

Al volante de su coche, se dirigió hacia la carretera.

Eran sólo quince kilómetros los que tenía que recorrer. En seguida estaría en el parador.

Pero lo que Richard menos podía imaginarse era lo que en aquellos momentos le estaba sucediendo a Dorothy, la chica pelirroja que trabajaba en aquel club nocturno.

Era su día libre, y, por una de esas inexplicables circunstancias y coincidencias de la vida, pensó que lo mejor que podía hacer era coger el autocar de línea y alejarse un poco de Asbertton. El ambiente cerrado, cargado de humo, tabaco y perfume del club, a veces llegaba a hacérsele insoportable.

En cierta determinada parada, sin saber exactamente por qué, se le había ocurrido bajar. Debía ser porque le daba lo mismo pasar el rato en un lugar como en otro.

Descendió.

Junto a la carretera había un parador. No muy lejos una

pequeña casa, de sólo una planta. Era la casa de tía Carol. Más a lo lejos, una edificación de piedra, amplia, evidentemente abandonada. Más allá se veían los altos cipreses que rodeaban el recinto del cementerio.

Entró en el parador, y pidió un bocadillo y un refresco.

Luego, salió a pasear por los alrededores.

Llegó hasta el cementerio. La puerta estaba entreabierta. Penetró.

Pero, cuál no sería su horror, su espanto, cuando sintió cerca, muy cerca, un doloroso quejido…

Se detuvo en seco, entre las cruces de las sepulturas, las estatuas de mármol que adornaban algunas tumbas y la crecida hierba que parecía querer cubrirlo todo.

Volvió a oír el quejido…

¡Pero si allí no había nadie! ¡Absolutamente nadie!

Se había puesto a sudar a borbotones por todos los poros de su piel. En pocos segundos se le deshizo completamente el maquillaje, chorreándole la pintura por la cara.

Aún no había oscurecido, y eso le ayudaba a ver bien a su alrededor. Pero ¡qué iba a ver, si no había nada ni nadie cerca de ella…!

Sólo las sepulturas y sus muertos.

—¡No quiero quedarme aquí…! —Esta vez, el quejido horrendo se había hecho voz.

¿Voz humana, viviente, o voz de un muerto, que no se resignaba a serlo…?

—¡Salvadme…! ¡Salvadme! —Volvió a sonar la voz.

Los dientes de Dorothy castañeteaban. Y ciertamente hubiera querido huir de allí a todo correr. Pero las piernas apenas la sostenían. Siguió donde estaba, inmóvil.

Intentó, pese a su miedo, localizar de dónde llegaba aquel sonido desgarrado, horripilante, que sólo oírlo hacía que se le estremecieran las mismísimas entrañas.

Finalmente, se percató de que la voz aquella, emergía de una tumba que, en su día, debió ser construida con notoria dignidad. Pero no, no era exactamente de allí de donde salía la voz.

En realidad, salía de una estatua de mármol, que representaba un ángel tañendo un arpa.

Dorothy no se tenía por valiente. Ni lo era, porque de serlo, no hubiera sentido aquel pavor tan horrendo, que, seguro, había helado la sangre en sus venas.

Pero tampoco era cobarde, y holgadamente lo demostró, al acercarse al ángel y tantearlo, primero con suavidad, luego con más fuerza.

Se movió…

No estaba firmemente sujeto a la tierra que cubría la hierba.

Sonó otra vez el pavoroso quejido…

Casi histérica, Dorothy acumuló energías, y luego, de pronto, dio un brusco empujón al ángel.

Éste se desplomó hacia un lado. Su interior estaba hueco… Vacío… Totalmente vacío…

Dorothy gritó, horrorizada.

Había aparecido en el suelo la cabeza de un hombre. Un hombre de facciones mortalmente demudadas, cuyos párpados apenas tenían fuerza para entreabrirse.

—Me han enterrado aquí —gimió—. Hace ya más de tres días… Son ellos… Ellos…

—¿Quiénes? —preguntó Dorothy, sin saliva, con la lengua pegada al paladar.

—Nadie tiene que desobedecer… —siguió diciendo—. Hay que acatar las órdenes a la primera… De lo contrario, éste es uno de los castigos que imponen… Si luego se apiadan de ti, te sacan… Si no, te quedas pudriéndote aquí… ¡Es monstruoso, pavoroso, aterrador!

No dijo nada más.

Acababa de morir.

En cuanto a Dorothy, oyó un ruido tras de ella y, al girarse, quedó más estremecida que nunca, al ver ante sí a siete sujetos, vestidos de negro. Seis de ellos llevaban una máscara de gesto triste y dolorido, casi lloroso. La máscara del séptimo reía abiertamente.

—La Banda Negra… —musitó, despavorida, Dorothy.

Tres de ellos se acercaron a la muchacha y la sujetaron fuertemente, mientras los otros tres, obedeciendo un gesto elocuente de quien capitaneaba el grupo, cogían una pala y se ponían a hacer un profundo agujero.

—¡Suéltenme! —gritaba Dorothy—. ¡Quiero marcharme! ¡Quiero marcharme! ¡Déjenme!

No podía ni moverse. Eran como garfios de hierro los brazos que la sujetaban. Además, eran tres contra ella.

—¿Qué pretenden hacer conmigo? —Y, llena de espanto, Dorothy se había echado a llorar—. ¿Para qué hacen ese agujero?

—Vamos a enterrarte —dijo el jefe del grupo, que desde luego tenía una voz muy rara, aunque evidentemente se esforzaba por desfigurarla—. Pero no como a ése… —indicó la cabeza del hombre, ya muerto—. De ese modo, durarías demasiado… Nos interesa que acabes pronto… Pero te daré a elegir algo… ¿Prefieres cabeza abajo o cabeza arriba?

—¡No! ¡No! —gimoteó Dorothy—. ¡Yo no he hecho nada! ¡Yo no quiero morir! ¡No quiero!

El agujero, de unos dos metros de profundidad, pronto estuvo hecho. Por lo visto, tenían práctica en tales menesteres.

—Bien, ¿estás dispuesta…? —Parecía recrearse, o algo muy parecido, en aquel aterrador placer.

—¡No! ¡No…! —Y Dorothy luchaba desesperadamente, con todas sus fuerzas, pero sin conseguir absolutamente nada.

—Lo dicho, puedes elegir… Cabeza abajo o arriba… Lo que quieras… No voy a discutirte el gusto…

—¡No! ¡Noooo…!

Quieras que no, la arrastraron hacia el agujero, dispuestos a echarla cabeza abajo. Ya, incluso, su cara y sus hombros se hundieron parcialmente en el vacío.

Pero entonces Dorothy gritó, enloquecida de terror:

—¡Cabeza arriba! Prefiero cabeza arriba…

La sacaron de allí y, dándole media vuelta, le colocaron las piernas en el agujero. Luego la soltaron, sin más.

Ella alzó sus brazos, y sus manos, crispadas, no llegaron hasta el borde del agujero. Le faltaban casi dos palmos.

En eso, cayó ya la primera palada de tierra. Luego, la segunda. Después, la tercera…

Dorothy gritaba cada vez más fuerte, más espeluznantemente. Había tal desgarro, desespero y pavor en sus voces, que oírla resultaba algo verdaderamente dantesco e infernal.

Pero allí, sin embargo, no había llamas. A no ser sus largos y hermosos cabellos, de color de fuego.

Ya la tierra le llegaba al talle, ya le cubría los senos, ya le

alcanzaba la garganta.

—¡NOOOO…!

La tierra ya la cubría enteramente.

Ya no había agujero.

Varios de aquellos sujetos pisoteaban fuertemente la tierra. Luego pusieron hierba encima. Todo quedó como si nada hubiera sucedido.

El que capitaneaba el grupo, ordenó:

—Colocad el ángel sobre la cabeza de Tom… Y larguémonos… ¡Hemos estado aquí ya demasiado tiempo!

CAPÍTULO IV

Richard Mibbons detuvo su coche frente al parador, y se apeó, luego de arrojar al suelo el resto de su cigarrillo.

Antes de entrar, ya vio a Valerie tras el mostrador. Sólo había un par de clientes, sentados en una esquina.

Empujó la puerta, y penetró en el interior.

Valerie se volvió inmediatamente. Y al parecer, le bastó el sonido de la puerta y el modo como ésta se cerraba, para decir, con el rostro iluminado:

—Buenas noches, señor. ¡Cuánto me alegro de que haya vuelto por aquí!

—¿Cómo ha sabido tan pronto que soy yo…? —preguntó Richard.

—Me lo ha dicho el corazón —sonrió ella.

Richard miró la muñeca de la muchacha, no descubriendo allí la pulsera de tía Carol.

—¿No luce la pulsera?

—La tengo guardada. Temo perderla.

—Se la regalé para que la luciera.

—La próxima vez que pase por aquí, la llevaré puesta. Prometido. ¿Quiere una cerveza, señor?

—Sí, bien fresca.

—Yo se la sirvo… —dijo Brian Boss, dejándose ver, luego de descorrer la cortina que comunicaba con la vivienda.

Se dio cuenta Richard de que aquel hombre le miraba con mejores ojos, así que le vio francamente predispuesto a concederle el favor que iba a pedirle.

—¿Puedo salir a pasear por los alrededores con su sobrina? Si no tiene usted nada que oponer…

—De acuerdo —dijo, tras una breve vacilación—. Pero no tarden demasiado.

—Claro que no… —repuso Richard—. Bueno, siempre y cuando usted quiera venir, Valerie… —y añadió—: Es que deseo demostrarle que, desde el cementerio, no llegan voces ni gritos.

—Sí que me ofrece un paseo macabro —sonrió ella—, pero se lo acepto. Por descontado que sí. Es usted muy amable.

Poco después, andaban lentamente a través de los campos. Ella se cogía al brazo de Richard. Estaba más hermosa que nunca.

—Quiero que sepa… —No tardó en decirle Valerie— que mi tío es muy bueno conmigo. Aunque no me hiciera ningún regaló el día de mi cumpleaños, y con sus palabras pudiera parecerle a usted poco cariñoso… Se trata de que mi ceguera tiene cura y…

—¡Cómo me complace oírla, Valerie! —Y Richard demostró su sincera emoción.

—Mi ceguera tiene cura —repitió—, pero debe operarme un buen cirujano. Eso cuesta mucho dinero. Y mi tío no cesa de ahorrar, privándose él, e incluso privándome a mí, de todo lo superfluo…

—Me hago cargo.

—Precisamente, hoy me ha dicho que tiene ya ahorrada la cantidad precisa, estipulada. Dentro de unos días, cogeré el tren e iré a Londres. Allí me espera un famoso especialista.

—¡Qué dichoso me hace con esta nueva, Valerie!

—No tanto —dijo ella— como a mí me ha hecho dichosa volver a hablar con usted.

—Tutéame, Valerie… —rogó él.

—¿Sabes, Richard? —Sonrió ella—. En seguida me imaginé cómo eres. Alto, moreno, joven, de ademanes desenvueltos… Así que te fuiste, se lo pregunté a mi tío…

Llegaron al cementerio.

—¿Ves…? —inquirió Richard—. No hay voces, ni gritos… Sólo son fantasías tuyas y de mi tía Carol… Quizá pesadillas que sufrís por las noches…

—Tienes razón, no se oye nada… Pero ¿qué te ha pasado, Richard…?

El joven acababa de dar un traspié.

—No, nada —dijo Richard—, he tropezado con algo que hay en el suelo, entre la hierba. Voy a ver qué es…

Se agachó y…

¡Y cuál no sería su terrible asombro, al darse cuenta de que, entre la hierba, asomaba una mano de mujer!

Una mano ya fría, mortalmente fría, a la que seguía un brazo esbelto, de mujer joven.

—¿Qué es…? —preguntó Valerie.

Richard tomó el pulso a aquella mano, aunque su espantosa frialdad ya resultaba harto elocuente.

—Nada —respondió a la muchacha, para no asustarla—, sólo una piedra —y sin más, pero sin duda con un exceso de precipitación en sus palabras—. Bueno, es mejor que regresemos…

—Sí, Richard, lo que tú digas —acató dócilmente, pero expresó un poco de asombro.

—Se está haciendo muy oscuro, ¿comprendes? Anda, vámonos… Acelera el paso todo lo que puedas.

—Sí, Richard.

La dejó en el parador, minutos después.

Y acto seguido, él cogió el coche, dirigiéndose al primer puesto de policía.

Una vez allí, les puso al corriente de su tétrico hallazgo, explicándoles el modo y la forma en que se habían producido los hechos.

—Vamos ahora mismo —dijo el sargento.

Richard les acompañó para indicarles el lugar exacto en que se hallaba enterrada aquella mujer. Pero de nuevo, en el cementerio, le esperaban las dos sorpresas más escalofriantes que pudiera imaginarse.

La primera… Al ser sacado el cuerpo, vio que se trataba de Dorothy. La chica que, por un par de veces, había compartido con él sus noches de diversión y que, por lo demás, hacía tan poco que había vuelto a ver, en el club nocturno.

La segunda… Al quedar al cuerpo ya enteramente fuera del agujero, uno de los agentes había de decir:

—Mire, sargento, lo que hay aquí… Una pulsera… Debió caérsele a la víctima, en su desesperado forcejeo… O al pretender salir de aquí, que evidentemente lo intentó, a juzgar por la mano que consiguió sacar fuera…

Richard había quedado demudado.

¡Aquélla era la pulsera de tía Carol!

¿O acaso no…?

* * *

No había dicho nada a la policía.

Pero así que quedó en disposición de actuar libremente, se encaminó de nuevo al parador.

Se hacía imprescindible, inevitable, hablar con Valerie. No podía demorarlo.

Sus pasos eran verdaderas zancadas, y su expresión se había endurecido terriblemente. Como si una voz interior le estuviera diciendo que últimamente se había comportado como el hombre más torpe, incauto y estúpido de la creación.

Al llegar, vio que había varios clientes en la barra. En cuanto a Valerie, no estaba.

Entró y preguntó por ella a su tío, que era el que servía.

—Está dentro —le respondió—. Pase usted, si quiere.

Pero ese ofrecimiento había sido acompañado de una mirada velada, cargada de recelo y de miedo. A Richard no le pasó desapercibida.

—Gracias —respondió—. Con su permiso.

Descorrió la cortina, y entró en la vivienda. En la sencilla y modesta vivienda.

Valerie estaba allí, y se volvió en seguida hacia él. Sonrió, mientras decía:

—Te he oído llegar. No esperaba que volvieras tan pronto.

—No he venido por gusto —dijo Richard, plantándose ante ella casi agresivamente—. Necesito que me des una explicación.

—Sí, Richard.

—¿Dónde está la pulsera que te regalé…?

Valerie vaciló un poco, aunque no mucho. En seguida dijo, al parecer bastante tranquila:

—La tengo guardada.

—¡Enséñamela! —exclamó, con violencia.

—¿Ha de ser precisamente ahora…? Oh, Richard, te expresas de un modo al que no me tenías acostumbrada, y alzas la voz como si yo fuera culpable de algo…

—Enséñamela, Valerie —repuso él, con un tono que inútilmente se esforzó en hacer comedido—, y me demostrarás que no eres culpable de nada…

—Pero ¿de qué voy a serlo…? Por favor, Richard, no me hagas sufrir…

—Enséñame de una vez la pulsera.

Entonces, Valerie se ocultó el rostro con las manos, poniéndose a sollozar convulsivamente.

—No, no puedo enseñártela… —confesó finalmente—. ¡Me la han robado! —Y separando las manos, volviendo a mostrar su rostro—: Ayer me pasé la noche buscándola, tanteando todos los lugares de esta casa… La dejé en el cajón de mi mesita de noche, estoy segura… Luego, cuando volví a buscarla, ya no estaba… Había desaparecido…

—Me estás mintiendo —dijo Richard.

—No, no… —aseguró Valerie.

—¡Júrame que es cierto cuanto me has dicho! ¡Júramelo! —Y Richard, en su excitación, cogió a la muchacha por los hombros y la zarandeó—. ¡Júramelo…!

Y en aquellos momentos, mientras la miraba fijamente a los ojos, tuvo la impresión, la seguridad más bien, de que aquellos ojos verdes, rasgados, veían… ¡Veían!

¡Tanto como pudieran estar viendo los suyos propios!

No, Valerie no había sido nunca una muchacha ciega…

CAPÍTULO V

Al llegar a su piso, se dio una ducha bien fría.

Mientras tanto, su fiel sirvienta le estaba preparando la cena. Pero Richard ya le había dicho que no tenía ganas, y que no quería tomar nada.

Apenas salió del cuarto de aseo, oyó la voz de Rita:

—Ya tienes la cena servida.

—Te he dicho, Rita, que no…

—Tienes que cenar —insistió, interrumpiéndole—. ¿Quieres quedarte en los huesos? Debes cuidarte…

Sonó el teléfono. Y Richard, que estaba cerca de allí, fue quien lo descolgó.

Era William Burner la persona que estaba al otro lado del hilo. Si bien su voz se dejaba oír tan descompuesta, tan alterada, que verdaderamente parecía otra.

—Necesito verte, Richard. Es de la máxima urgencia. ¿Puedes venir ahora mismo?

—Cuando usted mande.

—Te espero.

—En menos de diez minutos estaré allí.

—Gracias, Richard.

Le había sorprendido enormemente aquella apremiante llamada. Era algo que no parecía tener sentido.

Pero debía tenerlo.

¿Qué habría sucedido? Sin duda, algo muy importante, pues de lo contrario el señor Burner no hubiera requerido su presencia de aquella forma tan urgente, que por descontado nada bueno presagiaba.

Ya en la lujosa mansión, fue introducido en el despacho por el propio dueño de la casa, que apresuradamente salió a recibirle.

—Es algo horrible… —Había cerrado la puerta a sus espaldas.

Estaban ya, por tanto, completamente a solas—. Pero me lo estaba temiendo…

—¿De qué me habla, señor Burner? ¿Qué ha sucedido…? Ya lo sabe, si en algo puedo…

—No sé si puedes —dijo el señor Burner—, pero necesito explicárselo a alguien. Y a nadie mejor que a ti.

—Dígame, señor Burner.

—Acaba de sucederme. He metido la mano en el bolsillo de la americana y he encontrado el papel.

Se lo enseñó. Era un papel vulgar, como cualquier otro, donde decía con letras mayúsculas:

> VAMOS A RAPTAR A SU BONITA HIJA BESSY. EMPIECE A PREPARAR EL DINERO QUE VAMOS A PEDIRLE. UNA CIFRA MUY RESPETABLE, YA QUE ES USTED UNO DE LOS HOMBRES MÁS RICOS DE ASBERTTON.
>
> La Banda Negra

El señor Burner se dejó caer en el sillón, desalentado, desfallecido.

—¿Te das cuenta, Richard?

—¡Debemos evitarlo, señor Burner! —exclamó Richard, impulsivamente—. ¡Como sea…! ¡Yo le ayudaré…! —y agregó—: Lo mejor sería que hiciera salir a Bessy de la ciudad.

—Sí, supongo que sí.

—Los desmanes de esa banda, ¿no se limitan, no se circunscriben a Asbertton y a sus zonas limítrofes? Nunca han salido de estos límites. Pues siendo así, Bessy se va lejos, a Londres, por ejemplo…

—Pero ¿querrá irse?

—Si usted le indica la conveniencia de hacerlo…

—Temo que no baste, Richard. Ni aun tratándose de un argumento tan convincente… —Y tras una breve pausa, prosiguió—: Permíteme que te hable con toda sinceridad, muchacho… Creo que el momento me obliga a ello.

—Dígame.

—Mi hija está interesada por ti. Supongo que ya te has dado cuenta.

—Sí, señor Burner, creo haber captado esa simpatía que le inspiro, y a la que yo correspondo, por descontado. Bessy es una muchacha encantadora.

—Sin embargo, no te has decidido aún… Pero ella espera conseguirlo, por lo que no es fácil que quiera abandonar esto. Eso significaría indefectiblemente abandonarte a ti.

—Dadas las circunstancias, tan intranquilizadoras… Estoy seguro de que se mostrará todo lo sensata que requiere la situación.

—Sí, bien mirado, es posible. Pero hay algo más de lo que quiero hablarte. Te he dicho que lo que ha sucedido me lo estaba temiendo, ¿no es eso? Sí, soy uno de los hombres más ricos de Asbertton, y, lógicamente, debía llamar la atención de esos desalmados, de esos sádicos, de esos monstruos… Porque no son otra cosa…

—No, por descontado que no.

—Así, pues, previniéndome de antemano para lo que pudiera suceder, contraté, no hace mucho, a un detective de Londres, un tal Fannon, para que investigase, al margen de la policía. Pero, por desgracia, ese detective sufrió una crisis cardíaca y tuvo que abandonar su cometido. Lo lamenté de veras, ya que era un hombre inteligente, astuto, que sabía desempeñar su oficio con eficacia. Antes de dejarme, me informó, no obstante, de lo que creía haber averiguado… Aunque se trataba del inicio de sus investigaciones, por lo que no me podía asegurar nada en concreto.

—Le escucho con suma atención, señor Burner.

—Me dijo que por la carretera que va hacia el norte, a unos quince kilómetros de Asbertton, podía estar la guarida de La Banda Negra.

—Siga, siga, señor Burner. —Su tono se había alterado.

—Es un lugar en el que hay… Espera, espera a ver si recuerdo exactamente lo que me dijo… Ah, sí, hay un parador junto a la carretera, no muy lejos, una pequeña casa de una sola planta, y más allá, el cementerio, rodeado de cipreses… La guarida de La Banda Negra puede estar cerca de ese lugar, en una amplia edificación de piedra, propiedad aparentemente abandonada…

—Conozco casualmente el lugar. Siga, siga… —Su tono era francamente impaciente.

—Mejor que conozcas el lugar, muchacho, eso facilita las cosas.

Bueno, siempre y cuando tú te veas capaz de seguir adelante con el trabajo que dejó a medias el detective… De todos modos —se apresuró a decir—, no puedo ni quiero obligarte a ello. Pero te veo joven, decidido, y pienso que tu intervención podría, tal vez, salvarnos.

—Sí, señor Burner, estoy decidido a colaborar con usted —y tuvo la sinceridad de reconocer—: Por usted mismo, por su propia hija, y por otras razones de peso, que ahora no vienen al caso. Cuente conmigo para todo.

—¡Gracias, muchacho! —Le estrechó las manos, con efusión. Diciéndole luego—: Compréndelo, si no procediera con discreción, si fuera directamente a la policía, quizá como venganza… Se han dado casos tan horribles…

—Le comprendo perfectamente, señor Burner. En fin, dígame por dónde me aconseja empezar… Supongo que por una visita a esa propiedad abandonada… Si está ciertamente abandonada, yo debo convencerme y percatarme de ello, ¿no le parece?

—Es esto, exactamente, lo que pensaba sugerirte, muchacho. Sin embargo —agregó—, actuar de este modo entrañará excesivos riesgos, aunque no dudo que sabrás proceder con suma cautela. Aun así, tienes que ir armado. Te he preparado esto…

Abrió el cajón central de su mesa de escritorio, entregándole una pistola. Una automática.

—De acuerdo, señor Burner —dijo Richard, aceptándola.

En aquel momento oyeron un ruido y se volvieron hacia la puerta. Bessy acababa de entrar en el despacho.

—¿Qué sucede…? —preguntó, inquieta, asustada, al ver a Richard con el arma en la mano y a ambos con el rostro serio, grave.

—Pasa, Bessy —dijo su padre—. Es mejor que lo sepas todo. Por tu propio bien, debe ser así… —Y le entregó el papel—. Por favor, tómatelo con calma…

Bessy cogió el papel, leyendo su contenido. Cuando acabó, temblaba como una pobre hoja azotada por un mal viento.

—¡Oh, papá! —exclamó, pero apenas con un hilo de voz—. ¡Oh, Richard…! —Y sus ojos azules se clavaron en el joven, suplicándole que no le abandonara en aquella difícil prueba.

Captando el significado de su asustada y a la vez amorosa

mirada, Richard no tuvo necesidad de fingir para decir:

—La defenderé con mi vida, Bessy.

* * *

Tía Carol presentía que todo se estaba complicando, aunque no sabía con exactitud el motivo que le hacía pensar así.

Parecía estar esperando que de un momento a otro sucediera algo. Algo que diera sentido, significado, a todas sus angustias. A todos sus temores.

Le hubiera gustado que Richard estuviera a su lado. Pero no se preocupaba demasiado por eso, sabía que pronto iría a verla. Se lo había prometido. Y ella sabía que Richard era un muchacho tan bueno, serio y formal como lo fue su padre.

Desde luego, le asustaba estar tan sola…

Oyó que sonaba el timbre de la puerta.

Y fue hacia allí, sin poder evitar el sentirse sumamente desconfiada. Por lo que su observación a través de la mirilla iba a ser muy meticulosa.

—¡Ah! ¿Eres tú, Valerie…? —Y ya sin recelos, descorrió el cerrojo y dio la vuelta a la llave, mientras murmuraba—: No sé cómo habrá podido venir hasta aquí, sola, si la pobrecita es ciega…

Ya había abierto la puerta.

Pero se quedó helada, petrificada, al ver que allí no estaba la sobrina del dueño del parador de la carretera, sino varios sujetos, vestidos enteramente de negro, con máscaras de gesto triste y dolorido, casi lloroso.

—¡Socorro! —gritó.

Le había sido imposible cerrar nuevamente la puerta. Aquellos hombres estaban ya allí dentro.

—Venimos a acabar contigo.

—No, por favor… —musitó—. Yo… —La respiración le faltaba y el aliento se le entrecortaba, por lo que se veía precisada a abrir mucho la boca, verdaderamente jadeante…

—¿Cómo la matamos? —preguntó uno al otro.

—El jefe quiere ideas originales. Ya lo sabes. No se cansa de decírnoslo.

—No se me ocurre nada —dijo un tercero—. ¿Qué, la estrangulo?

—Es una muerte demasiado vulgar. Ha habido miles de muertes así. No le gustará al jefe.

—Ya tengo una buena idea…

A que tía Carol estuviera cada vez más espantada, más aterrorizada, había contribuido, qué duda cabe, este escalofriante cambio de impresiones.

Por lo que ahora aún le faltaba más la respiración, y aún tenía el aliento más entrecortado. Por lo que, es lógica consecuencia, aún precisaba abrir más la boca… Seguía jadeando lamentablemente…

Y entonces, uno de aquellos hombres pasó la mano, arrastrándola, por la superficie del mueble consola.

Había allí tanto polvo, que le bastó hacer eso para que el hueco de su diestra quedara lleno…

Y sin más, metió todo ese polvo en la boca de tía Carol, que se puso a toser aparatosamente, expulsándolo… Aunque sólo en parte, porque se le pegaba al paladar, a la lengua, a la dentadura postiza, a toda la boca.

Y ese hombre había vuelto a repetir la operación. Es decir, nuevamente pasó la mano, arrastrándola por donde más polvo había.

Y otra vez el hueco de su mano quedó colmado, yendo a parar todo aquel polvo dentro de la boca de tía Carol. Y dentro, asimismo, de los orificios de su apéndice nasal, ya que, puesto a rematar su obra, el hombre no quería que la respiración pudiera ser efectuada por ningún conducto.

Así lo hizo una y otra vez, mientras la vieja Carol, que al ahogarse más y más, abría aún más la boca, facilitaba la tarea a su asesino…

Quiso huir, claro que sí. Pero no pudo. Por descontado que no. La cercaron contra la pared.

Y siguieron manos a la obra.

Aquello duró cosa de cuatro o cinco minutos…

Finalmente, tía Carol cayó ahogada, sin conocimiento, sobre el suelo.

Pero aún le metieron más polvo en la boca, hasta dejársela perfectamente taponada.

Después, ya seguros del resultado efectivo de su misión, los macabros visitantes se fueron.

CAPÍTULO VI

Había esperado a que fuera completamente de noche.

Llevaba una linterna de bolsillo, y así guiaba sus pasos hacia la ancha casa de piedra, cuya severa silueta se alzaba en medio de las muchas hectáreas de que contaba la propiedad, acotada por una valla de madera.

Una valla que Richard saltó sin vacilaciones, con decisión, consciente de que debía hacerlo así.

Hecho esto, siguió adelante y llegó hasta la casa, cuyas puertas, todas, absolutamente todas, se hallaban herméticamente cerradas. Y no sólo eso, los matorrales y la hiedra medio las cubrían.

Evidentemente, todo aquello tenía aspecto de estar abandonado hacía un montón de años.

Pero Richard iba dispuesto a no dejarse engañar por las apariencias, así que intensificó la búsqueda de un indicio que pudiera llevarle a algo más concreto que a salir de allí sin haber aclarado nada.

Finalmente reparó, en la parte trasera de la casa, en una pequeña puerta, que, sin duda, debía comunicar con los sótanos.

Era la única abertura que no daba la sensación de tanto abandono, aunque, en honor a la verdad, también la crecida hiedra casi la cubría.

Pero Richard pensó que el manillar no se hallaba todo lo enmohecido que parecían exigir las circunstancias. Y se acercó más.

Cogió el manillar, hizo presión y… se movió. No, no estaba oxidado, ni muchísimo menos… Giraba perfectamente…

Richard apartó la hiedra, y empujó la puerta, que, poco a poco, fue cediendo, sin siquiera chirriar.

Iluminó con la linterna a sus pies. Había un tramo de escalera. Como cosa de quince peldaños.

Se agachó para pasar por el dintel, y agudizó el oído. No se oía

nada. No, nada.

Empezó a descender, pero tomando las máximas precauciones, ya que un error podía serle fatal, y esto no lo ignoraba.

Al llegar al suelo del sótano, todo seguía en silencio. Lo que le animó a dirigir su linterna a su alrededor, para ver exactamente qué lugar era aquél.

Era un sótano que no tenía nada de particular. Allí no había nadie.

Existía una puerta, eso sí, a la derecha, medio entreabierta. Y Richard optó por seguir adelante.

Abrió, pues, un poco más esa puerta, y pasó a la siguiente estancia. Donde, de momento, tampoco creyó que hubiera nada de particular.

Pero sólo fue de momento porque, al poco de poner los pies en aquella pieza, oyó unos gemidos horribles, pavorosos aterradores.

Con rapidez, enfocó con su linterna hacia aquel lugar, mientras con la otra mano, presto, iba en busca de la pistola automática.

El foco redondo de la luz iluminó a un joven atado con cadenas, metido en el hueco de una chimenea, donde las llamas se habían extinguido ya, pero donde aún quedaban algunas brasas.

Brasas que habían lacerado el cuerpo desnudo, que habían quemado la carne humana, que habían traspasado la piel y agujereado incluso hasta el hueso. Brasas que estaban haciendo padecer a aquel hombre un tormento de puro infierno.

Los ojos del condenado se clavaron en Richard.

—Vete…, vete… —le dijo, con voz desgarrada—, antes de que sea tarde para ti.

—¿Qué horror es éste? —inquirió Richard, estremecido. Pero no necesitó respuesta; él mismo se la dio, actuando con rapidez.

Se acercó al hueco de la chimenea y, con las tenazas de hierro que había allí cerca, apartó de aquel cuerpo lacerado, horriblemente mutilado, las brasas que aún le torturaban.

Se dispuso a desencadenarle.

—No, vete…, vete… —dijo el joven, entre gemidos—. Si te encuentran aquí, estás perdido… Caer en las garras de esa mujer es la más terrible y horrenda de las maldiciones.

—Tú eres ahora lo primero —dijo Richard, decidido—. Así no puedo dejarte.

Pero Richard no tuvo tiempo de seguir adelante con sus buenas intenciones. Oyó una risa tras él. Una risa de mujer.

Se giró con la pistola empuñada, convencido da que, si aún tenía alguna posibilidad de salvación, dependía y estribaba exclusivamente del arma.

Era Valerie quien se había reído.

Era ella quien se mostraba ante Richard, pletórica de juventud, de belleza y… de maldad.

En sus ojos verdes, rasgados, fascinadores, había ahora concentrada tanta crueldad, tanta perversidad, que con sólo mirarla bastaba para comprender que era un ser diabólico.

—Hola, Richard —dijo ella.

E incluso su voz, en la que ahora no ponía falsas suavidades, tenía un timbre metálico que sobresaltaba.

—Te estás preguntando quién soy en realidad, ¿no es eso, cariño…? —Y la sonrisa asomaba a sus tentadores labios como una flor siniestra.

—Desgraciadamente —repuso él—, creo ya saberlo. Una muchacha que se hace pasar por ciega para inspirar compasión a la gente, pero cuya visión es perfecta, y aquí surge, infernal, horripilante, su otra personalidad…

—La de jefe de La Banda Negra —concluyó ella—. Sí, Richard, no te lo niego… No quiero negártelo porque, desde ahora, todo ha de ser sincero y leal entre nosotros. Y por favor, baja la pistola.

La pistola siguió apuntándole.

—Entre tú y yo —dijo Richard— ha surgido un abismo. Ni en el propio infierno podría encontrarse otro más hondo y pavoroso… ¡Y hablas de sinceridad, de lealtad! ¡Si eres un verdadero monstruo!

—Ten cuidado con lo que dices, cariño.

—No comprendo cómo pude confiar en ti, creer en ti…

—Soy hermosa, muy hermosa —le recordó.

—Ya no lo eres para mí, Valerie. A mis ojos, tu hermosura ha muerto para siempre.

—No lo puedo creer —y segura de sí misma—. Anda, sígueme, te enseñaré mi cuartel…

Richard quedó quieto. No adelantó hacia ella ni un solo paso.

Entonces, Valerie dio unas fuertes palmadas.

Y casi en el acto aparecieron varios sujetos, vestidos de negro,

con las máscaras sobre sus rostros. Las máscaras de siempre.

Varios de ellos venían armados.

—Date cuenta, Richard —repuso ella— no saldrías de aquí con vida, si yo me lo propusiera.

—Si yo me quedara aquí muerto —aseguró Richard—, no sería sin antes haberte matado a ti. Conque ten cuidado, Valerie, con las órdenes que das… Te la juegas.

—Anda, sígueme —insistió—. No pierdes nada con eso. Mientras yo permanezca a tu lado, y tú me estés apuntando, la situación no la tienes mal del todo… Vosotros —se dirigió a los sujetos con las máscaras—, marchaos ya. No nos molestéis.

Valerie abrió una puerta, cediéndole el paso a Richard. Y éste pensó que, ya metido en la ratonera, era lo mismo seguir adelante un poco más.

Incluso quizá fuera mejor.

Pero no era fácil.

* * *

Habían dejado atrás el sótano, con aquel infeliz, que seguía gimiendo. Habían subido una ancha escalera. Habían llegado al piso y, de allí, a unas estancias amplias, bien amuebladas, donde todo, empero, tenía las trazas de una escalofriante leonera.

—Mientras enterrábamos a aquella chica pelirroja —tardó poco en explicarle Valerie—, se me cayó la pulsera que tú me regalaste. Y a partir de aquel momento, todo se ha complicado… Pero, bueno, en el fondo, no estoy pesarosa por ello… Antes o después, tenías que conocerme…

Richard permaneció en silencio.

—Todo puede ser fantástico, perfecto, si tú y yo nos aliamos —siguió diciendo Valerie—. A menudo, echo a faltar un hombre a mi lado… Sobre todo, en la cama… Un hombre que me quiera de verdad…

—Yo no te quiero —dijo Richard—. Un hombre sólo puede querer a una mujer, y tú, de eso, de mujer, no tienes nada. Eres un ser aborrecible, siniestro, monstruoso…

—¿Estás seguro, Richard, que de mujer tengo poco? —Y su tono

se hizo terriblemente insinuante, mientras erguía los senos y contoneaba las caderas.

Seguidamente, Valerie estiró una borla dorada, que pendía de un ancho cordón, descorriéndose entonces una cortina de finísimo tul. Apareció una alcoba.

—Aunque aún no me quieras —sonrió ella—, sé que te gusto… Sé que me deseas… Ven, acércate a mí, Richard, te ofrezco mis caricias…

Richard no se movió. Y fue Valerie quien se acercó a él, tendiéndole los brazos al cuello y buscando la boca del hombre, con deseos hambrientos de contacto carnal.

Fue entonces cuando Richard se dio cuenta de que la ventana de la alcoba estaba entreabierta, y como sea que recordaba su ronda a la casa, inspeccionando aquí y allá, cayó en la cuenta de que, por aquel lugar, la parte trasera, había una cornisa.

Y pensó que huir por allí, y de allí saltar en el momento y sitio oportuno, podía ser su salvación.

De lo contrario, estaba irremisiblemente perdido. Valerie respetaba su vida, de momento, y posiblemente se la respetaría mientras su amor le gustase. Pero ¿cómo reaccionaría después, cuando ya se sintiera cansada…? Poco bueno podía esperar de un ser como aquél.

Además, él no estaba dispuesto a acostarse con aquella mujer, por más que tenía que reconocer que era hermosa, tentadora y deseable como ninguna otra.

—Estás acostumbrada a que todos caigan rendidos a tus pies, ¿verdad, Valerie? —Y había empezado a suavizar su entonación, predisponiéndola para la estratagema que pretendía llevar a cabo.

—Sí, estoy acostumbrada a eso —sonrió Valerie.

—¿Has amado muchas veces…?

—No seas curioso… Pero sí, me gusta que lo seas, es un buen síntoma… —Se soltó de él—. Entra, entra… Nos espera una maravillosa noche de amor…

Richard adelantó varios pasos hacia la alcoba. Luego se detuvo nuevamente.

Ella se iba desprendiendo de la ropa que llevaba, poco a poco, como si aquello formara parte de un parsimonioso ritual. Hasta que quedó desnuda ante él.

—Acércate, cariño…

Este momento fue el que aprovechó Richard para abalanzarse sobre una ventana, abrirla de par en par, y lanzarse fuera, a la cornisa.

Con un rugido de pantera herida, Valerie fue tras él. Su expresión no podía ser más elocuente. Hubiera querido poder fulminarle en un instante.

Tan segura estaba de sus encantos, de su fascinadora belleza, que no se le había ocurrido pensar que sus deseos, sus ansiosos y apremiantes deseos, pudieran acabar de aquella manera.

—¡Maldito! —rugió—. Vuelve… Vuelve…

Desde la cornisa, Richard le apuntaba con la pistola.

—No me daréis alcance —dijo él—. Sin ropa, no puedes seguirme… Ni siquiera puedes salir a dar órdenes a tus secuaces… Seguro que caerían sobre ti como aves de presa…, aunque corrieran el riesgo de que, como castigo, les enterrases con vida…

—¡Maldito seas! ¡Maldito! ¡Maldito! —exclamaba Valerie una y otra vez—. Esto me lo pagarás con creces… Te lo juro… ¡Mataré a tu bonita Bessy! Estás enamorado de ella, ¿eh? ¡Pues la mataré! ¡Como he mandado matar a tu tía Carol…!

—¿Qué dices? —Se estremeció Richard.

—Sí, tu tía Carol está muerta. ¡Vete a verla, si dudas de mis palabras! Temía algo, no sé qué, y se hubiera resistido a abrir la puerta… Pero cuando miró por la mirilla, estaba yo allí, con mi aire ingenuo e inseguro de muchacha ciega… Abrió la puerta, sí, por descontado que sí… y el resultado lo encontrarás si vas allí… Pues algo parecido haré con Bessy… ¡La odio…! ¡Aunque la saques de Asbertton y la escondas en el otro extremo del mundo, la mataré! ¡La odio y la mataré…!

—¡No lo harás! —exclamó Richard—. ¡Yo la defenderé!

CAPÍTULO VII

Poco después, Richard saltaba de la cornisa y echaba a correr hacia la valla que acotaba aquella *abandonada* propiedad.

Apenas alcanzó su coche, se puso al volante y desapareció de allí con toda la premura que aconsejaba la prudencia.

La prudencia también aconsejaba no detenerse en varios kilómetros a la redonda, pero aun así, Richard no se vio capaz de proceder de tal modo porque, antes que su propia seguridad, antes que nada, su hombría le exigía ir a la casa de su tía.

Por lo que detuvo el coche ante la puerta de aquella pequeña casa de una sola planta. Aún confiaba, o quería confiar, en que las palabras de Valerie hubieran sido solamente una macabra bravata.

Pero apenas entreabrió la puerta, pudo darse cuenta de que tales palabras se habían ajustado estricta y aterradoramente a la realidad.

Su pobre tía Carol permanecía muerta, con el rostro horriblemente crispado. Un rostro que el polvo había cubierto como si pretendiera darle el aspecto de un fantasma.

En cuanto Richard comprobó que ya todo era inútil para ella, decidió irse rápidamente. Estaba demasiado cerca de la casa de piedra para que pudiera resultar aconsejable prolongar su estancia allí.

Ya de nuevo en su coche, le dio al acelerador más y más, hasta que llegó al primer puesto de policía. El mismo lugar que, ya en ulterior ocasión, visitara.

Allí comunicó todo lo sucedido, diciéndoles que a su juicio la primera medida a llevar a cabo era la detención del tío de Valerie, Brian Boss. Él, sin duda, podría aclarar muchos puntos, que todavía estaban muy oscuros.

—Antes hemos de ir a la casa de piedra —dijo el sargento.

—Cuando lleguemos —dijo Richard— ya no quedará nadie. No podemos hacernos ilusiones en otro sentido.

—Sí, estoy con usted —asintió el sargento—. Pero convenga conmigo en que esa visita resulta necesaria.

—Sí, claro —admitió.

—Seguidamente, pasaremos por el parador…

—De acuerdo…

Tal como supusieron, al llegar a la casa de piedra ya no había nadie allí. A no ser el joven encadenado, el que había sufrido el tormento de aquellas brasas, cuyo final había sido un disparo a bocajarro.

No obstante, lo más imprevisible fue la visita al parador. Aunque bien mirado tampoco pudo sorprenderles excesivamente que aquel hombre, que sin duda sabía demasiado, hubiera sido inapelablemente condenado a callar. A callar para siempre.

Encontraron el parador ardiendo por sus cuatro costados. Las llamas aparecían por doquier, devastándolo todo. Junto a la entrada, hallaron varias latas vacías de gasolina que, de un modo claro, explicaban el porqué de aquel siniestro.

Luego, dieron con el cadáver de aquel hombre, que se había llevado al otro mundo la información que tan precisa hubiera podido serle a la policía. Y aún más a Bessy, ya que sobre ella pesaba ahora un terrible interrogante…

Un interrogante que no iba a quedar sin respuesta. Posiblemente, iba a tener una rápida e inmediata respuesta. Por lo menos, Richard se lo estaba temiendo así.

Fue rápidamente en busca del señor Burner. Debía ponerse de acuerdo con él, y hacer todos los posibles para que Bessy quedara debidamente protegida.

No, Richard ya no deseaba que la muchacha se fuera a Londres, o a cualquier otro lugar. Valerie le había dicho que la buscaría donde fuera que estuviese.

Preferible, pues, que se quedara en Asbertton. Así él podría dedicarse, más y mejor, a su protección.

* * *

Dos policías quedaban de vigilancia en la casa, turnándose con otros dos para las horas de la noche.

En cuanto a Richard, raro era el momento que no permaneciera bajo aquel techo, haciendo de su propia vigilancia algo que, sin lugar a dudas, debía lograr que Bessy se sintiera altamente conmovida.

—Le estoy muy agradecida, Richard —le dijo aquella noche. Acababan de cenar, y ahora tomaban el café—. Lo que está haciendo por mí es más de lo que podía esperar.

—Usted se lo merece todo, señorita Burner —repuso él, mientras pensaba que su bonito rostro parecía el de un ángel, si se comparaba con la belleza de Valerie, digna de un demonio—. Es un verdadero placer ayudarla, defenderla…

—De todos modos, y a pesar de mi absoluta confianza en usted, le confieso que tengo miedo. —Bessy se había esforzado por sonreír, aunque sin conseguirlo del todo—. La Banda Negra nunca ha amenazado en vano.

—Alguna vez tiene que ser la primera, ¿no le parece? Será ésta, se lo aseguro.

—Claro que sí —intervino el señor Burner que, pese a sus palabras, ponía expresión de circunstancias—. En esta ocasión, fracasarán estrepitosamente sus planes.

—Ojalá sea así, papá.

—Dos policías no se separan de esta casa, ni de noche ni de día… Con orden expresa de disparar a la primera ocasión que se presente… Además, Richard y yo estamos continuamente pendientes de ti…

—Sí, todo esto ya lo sé —admitió Bessy, pero su gesto no era convencido—. Sin embargo, el temor que siento es más fuerte que cualquier razonamiento. Ese temor se infiltra en mí por el aire, por los poros de mi cuerpo; no puedo evitarlo… Perdóname, papá —agregó—. A tu preocupación, que es muy grande, añado la mía…

—Por mí no te preocupes, hija. Me hago cargo; es natural que estés nerviosa. De todos modos, cree a Richard. Esta vez, las amenazas de esta maldita banda quedarán sin cumplirse.

—¿No adelanta la policía con sus pesquisas? —preguntó Bessy.

—No mucho, según me ha dicho hoy el sargento —repuso Richard—. Con la muerte de Brian Boss, tío de Valerie, y la muerte de mi tía Carol, que por ser vecina podía haber sido un testigo valioso, las posibles pesquisas parecen haberse perdido.

—Y como en la casa de piedra tampoco se encontró a nadie… —apuntó el señor Burner—. Bueno, no se encontró a nadie con vida… Muertos, sí… Aquel pobre joven, encadenado…

—Era uno de ellos —dijo Bessy—. Da pena su tormento final, pero, de todos modos, debía tratarse también de un sujeto malvado, sin entrañas… Aunque mejor que los demás —rectificó—, puesto que su final fue ése…

—Mejor que los otros, sí, es de suponer —corroboró el señor Burner—. Pero también sería una pieza de cuidado. No cabe suponer otra cosa.

—No, por descontado —dijo Richard.

—¡Qué horrible es todo esto!

—Ahora, la policía está formulando interrogatorios a los camioneros en ruta… A los que, casi siempre, se detenían en el parador para tomar una copa.

—¿Y…? —inquirió Bessy.

—Poco aclaran de momento las aseveraciones de unos y otros —refirió Richard—. Todos coinciden en lo mismo: en que Valerie parecía ciega, en que daba la sensación de estar indefensa… En fin, que desempeñaba el papel a la perfección. Lo que ya sabemos nosotros. Nada nuevo.

—Fue un milagro que salieras con vida de aquella casa —repuso el señor Burner—. Cada vez que pienso en el peligro que estuviste, y en que fui yo quien te metió en ello…

—No fue exactamente un milagro que haya conservado la vida —dijo Bessy—. Se trata más bien de que Valerie estaba interesada por Richard. Yo supongo —agregó— que aún sigue estándolo.

—No lo creo yo así —opinó Richard—. Creo, por el contrario, que si cayera de nuevo bajo su poder me esperaría una muerte horrible, espantosa, terrorífica, con una agonía verdaderamente inacabable…

—A menos que usted se aviniera a ser amable y cariñoso con ella. En tal caso, estoy segura de que aún conseguiría que se calmara su furor.

—Recordando la expresión furiosa de su rostro, no puedo sentirme tan optimista —sonrió Richard.

CAPÍTULO VIII

Habían transcurrido unos días.

Los suficientes para que, sumergidos en la angustia de la espera, de aquel inquietante *suspense*, los nervios de todos ellos se hallasen verdaderamente electrizados.

Intentaban disimular, unos por los otros, pero ninguno de ellos tres escapaban a la carga emocional de aquellos momentos, que se recargaban conforme iban transcurriendo los minutos.

Sabían que antes o después tenía que suceder…

Valerie y sus secuaces intentarían secuestrar a Bessy. No podían hacerse ilusiones respecto a un cambio de planes, pues éstos habían sido dictados por un odio enfurecido. Lo que equivalía, pues, a una sentencia.

Pero ¿cuándo, qué momento elegirían para caer sobre su presa? Esto era lo que faltaba saber.

Y sus nervios se iban alterando, aunque Richard se esforzaba por no perder la serenidad.

—Presiento que va a ser hoy, esta noche… —murmuró Bessy.

—¿Cómo…? —Y el señor Burner respingó en el sillón en que se hallaba sentado.

—Sí, hoy, esta noche —repitió Bessy.

—No se sugestione, señorita Burner —dijo Richard—. Hemos de estar alerta en todo momento, sí, pero sin…

—Es que lo presiento —le había interrumpido, cada vez más agarrotada por el miedo—. Lo presiento intensamente.

—Es una mera suposición suya —repuso Richard—. En realidad, quizá aún falten muchos días antes de que se decidan a algo concreto. Sin embargo, si usted va a sentirse más tranquila por ello, yo puedo quedarme esta noche aquí…

—¡Oh, Richard, gracias! —se apresuró a aceptar—. ¡No me atrevía a pedírselo! ¡Cuánto se lo agradezco!

—Pues nada, no se hable más, me quedaré. Pero no debe irse a la cama con esa preocupación… Antes tiene que animarse… Le sugiero, Bessy, que ponga el tocadiscos y que sea tan gentil de concederme un baile…

Los ojos de Bessy se iluminaron.

—Encantada, Richard.

* * *

En efecto, aquella noche había de ser la señalada para el desenlace. Señalada en rojo, que es el color de la sangre.

De todos modos, los hechos se desenvolvieron de un modo tan rápido, que casi puede decirse que se precipitaron por sí mismos.

Puestos a imaginar tal desenlace, parecía lógico suponer mucha astucia, prudencia, en todos y cada uno de los pasos que dieran Valerie y sus hombres.

Sin embargo, forzoso es reconocer que Valerie, por lo visto obcecada por la rabia que sentía, cegada por el odio que la abrumaba, no se había detenido demasiado a pensar lo que hacía. Ni las consecuencias que de ello pudieran redundar.

Sólo así podía explicarse la ligereza de su actitud, que a ningún fin práctico podía llevarle.

Sucedió, en consecuencia, que a eso de las tres de la madrugada, se oyeron los gritos desaforados de Bessy, que, a través de la ventana de su dormitorio, situado en el primer piso de la casa, había visto en el jardín a los sujetos vestidos de negro, con máscaras grotescas sobre sus rostros.

A sus gritos acudieron, presurosos, Richard y su padre.

Mientras, en el jardín se oían varios disparos. Eran los dos policías, que hacían fuego a matar sobre el único sujeto que no había conseguido huir. Porque los demás, ante el alboroto de aquellos gritos de mujer, por lo visto, habían llegado a tiempo de emprender rápida y efectiva huida.

En un principio, se creyó que el muerto sería uno de los seis secuaces del grupo.

¡Pero la sorpresa resultó mayúscula cuando, al acercarse al cuerpo ya sin vida, acribillado a balazos, inundado de sangre,

vieron que sobre su rostro llevaba una máscara que reía abiertamente! ¡Y todo Asbertton sabía que esa máscara correspondía al jefe, al que capitaneaba el grupo!

Le arrancaron la máscara, y comprobaron que se trataba efectivamente de Valerie, cuya hermosura había quedado blanca, crispada, ante aquella violenta muerte.

Era, pues, el final de la historia.

Sí, sin duda lo era. Porque muerto el cerebro del grupo, la banda se desharía, se disgregaría; cada uno tomaría un camino distinto.

Siempre suele suceder así.

Y así sucedió.

La prueba es que se acabó de un modo definitivo la ola de robos, atracos y secuestros que hasta hacía tan poco, había abatido dolorosamente a la pequeña localidad de Asbertton.

CAPÍTULO IX

Pero lo cierto es que Richard Mibbons no podía menos de preguntarse, una y otra vez, con machacona insistencia:

—¿Este es, realmente, el final de todo…?

Parecía no hacerse a aquella idea, como si asimilarla significara demasiado para él.

Debía ser, reflexionaba a menudo, que al conocer a Valerie le entregó lo mejor de sí mismo. Unos sentimientos sinceros, leales, desinteresados, que ninguna otra mujer había conseguido arrancarle.

Ni siquiera Bessy. Por descontado que no. Aunque debía reconocer que la muchacha era lo suficientemente encantadora como para que él estuviera ya enteramente decidido a dedicarle su vida y su amor.

Pero con Valerie había sido distinto; algo mucho más profundo, infinitamente más; de ello, que aún se resintiera del golpe recibido. Le quedaba como un trauma, del que aún no pudiera desprenderse del todo.

En fin, debía dar la cara a la realidad. Bien mirado, era para él una realidad bastante lisonjera.

—Debes ir al oculista —le dijo Rita, su fiel sirvienta, aquel mediodía, apenas le puso el primer plato sobre la mesa—. Sí, Richard. Esa brizna que se te ha metido en el ojo, te ha hecho daño. Aún te duele, ¿verdad que sí?

—Un poco —asintió Richard—, pero no tiene la menor importancia. Gracias por tu interés, Rita, que, como siempre, es todo celo y cariño hacia mí, pero te aseguro…

—Debes ir —insistió Rita—. ¿Qué te cuesta…? ¿No vive el doctor Lombard a menos de dos manzanas de aquí?

—Sí.

—Pues comes y luego te das una vuelta por allí. Sabes el mucho

aprecio que siente por ti.

—Lo sé, Rita, pero la verdad es que considero innecesario ir. Sólo es cuestión de dejar pasar un par de días.

—Te lo ruego, Richard, ve. No perderás nada. Te dará unas gotas, o algo así, y en seguida…

—Bien, bien —accedió, por no oírla más—. Ya iré.

—¿Hoy mismo? —insistió.

—Sí, sí, hoy mismo —y riéndose—: ¡Qué pesada sabes hacerte cuando quieres, Rita!

Éste fue el motivo que llevó a Richard Mibbons al consultorio del doctor Lombard, un hombre de mediana estatura, de edad intermedia, con la nariz algo prominente, cuyo escaso cabello contribuía a darle aspecto de inteligencia.

Un hombre al que Richard encontró excitado, muy excitado, apenas pudiendo contener el control de sus nervios. Lo que en él, resultaba sorprendente, pues siempre había tenido un temperamento sumamente tranquilo y sosegado.

Le dijo que lo de la brizna no era nada, pero le hizo una receta, por si consideraba oportuno ponérsela.

—De todos modos, lo considero innecesario… —De pronto, se quedó mirando a Richard con una expresión donde el miedo clavaba su huella; una huella que llenaba de inquietud y zozobra su rostro. Y le dijo—: Estoy como en un callejón sin salida…

—¿Qué le sucede a usted, doctor? —Y se alegró de tener ocasión de preguntárselo, pues evidentemente le sucedía algo, y algo grave.

Hacía ya rato que se había percatado de ello. Sólo que, hasta aquel momento, le había violentado preguntárselo así, sin más.

—No sé de qué modo debo reaccionar —se pasó la mano por el rostro, sudando—. Presiento que me lo juego todo… Claro que, callando, quizá tampoco me salve… No, no sé qué hacer…

—¿A qué se está refiriendo usted, doctor? Si en algo puedo aclarar sus dudas, o hacer lo que sea, ya sabe que por mí no ha de quedar…

—Sí, vale más que te lo diga, Richard. Necesito pedir consejo a alguien.

—Dígame…

—Verás, no sé si ir a la policía —le confesó.

—Pero ¿qué es lo que sucede…?

—A mí, particularmente, nada. Pero tengo una información que, sin duda, la policía estimaría mucho… Pero si voy —se le atragantó la voz— y La Banda Negra se entera, será mi fin.

—La Banda Negra ya no existe —dijo Richard—. Muriendo su jefe, quedó disgregada. La prueba es clara y elocuente; todos aquellos desmanes han pasado a la historia. Afortunadamente, pues fueran aquéllas unas deplorables horas de terror. Pero… —Aguijoneado por la curiosidad, Richard inquirió—: Pero, bueno, ¿qué es, en realidad, lo que usted sabe? ¿Qué información es ésa, que dice que tanto estimaría la policía?

—Algo básico —puntualizó—. Algo que, según como se mire, puede dar al traste con la teoría de que ha muerto el jefe de esa banda…

—¿Cómo? —Y la sacudida que sufrió Richard, tuvo aparentemente todas las trazas de una descarga eléctrica—. ¿Cómo ha dicho usted…?

—Es sólo una suposición… En fin, lo cierto es que estoy desconcertado, hecho un lío.

—Por favor, dígame todo lo que sepa. —Ahora había anhelo, inquietud y otras extrañas sensaciones en Richard—. Dígamelo todo…

—Pues se trata, Richard, de que Valerie, la sobrina de Brian Boss, la que vivía en el parador de la carretera…

—La mujer que capitaneaba La Banda Negra…

—No, no —le rectificó—, me refiero a la chica ciega que vivía en el parador de la carretera.

—No le entiendo —Richard había quedado muy pálido—. ¿Acaso no se trataba de una misma persona?

—No —afirmó el doctor Lombard—. Estoy seguro de que no…

—Pero ¿en qué apoya usted su tesis? Con franqueza, me deja usted desconcertado.

—La explicación es sencilla. Brian Boss me trajo un día aquí al consultorio a su sobrina Valerie, para que la visitara… Y yo puedo asegurarle, Richard, que Valerie estaba ciega… Luego, según dicen, ha resultado que su ceguera era falsa, que su visión era perfecta… ¡Imposible, Richard! Valerie estaba ciega, y esta cuestión no tiene vuelta de hoja.

—Pero…, pero… —tartamudeó Richard.

—Sí, ya sé que la muchacha que fue muerta a tiros por los policías en el jardín de la casa del señor Burner, era Valerie… y que aquella Valerie, la que capitaneaba el grupo, tenía una perfecta visión en sus ojos… Los hechos anteriores y la autopsia final, lo han demostrado así… Evidentemente, lo han demostrado así… Pero yo puedo asegurarle que la Valerie que yo visité, estaba ciega…

—¿Intenta sugerir, acaso, doctor Lombard, que puede que exista más de una Valerie…?

—Algo he de pensar, ¿no le parece, Richard? De lo contrario, todo esto no tendría explicación.

—Pero ¿no pudo equivocarse usted, doctor? Y perdóneme el atrevimiento y la indelicadeza de esta pregunta.

—Estaba ciega —afirmó—. Pero si quieres confirmar más y mejor mi tesis, puedes hacerlo… ¿Cómo? Sencillísimo. Vete a Londres y consulta el caso con el doctor que iba a operarla. Es el doctor Flommer. Una eminencia en su especialidad.

* * *

Cuando Richard se repuso de la impresión recibida, tras haber reflexionado sobre todo aquello, le aconsejó al doctor Lombard que no fuera a decir nada a la policía.

Para así hacerlo, ya habría tiempo. Lo más sensato era no precipitarse en ningún sentido.

Le dijo que él iría a Londres y se informaría detenidamente al respecto, y que luego se pondría nuevamente en contacto con él. Hasta entonces, era mejor permanecer a la espera de lo que pudiera surgir.

—De acuerdo, Richard.

—Desde luego, le agradezco mucho la confianza que me ha dispensado, doctor Lombard. Y créame, para mí su información ha resultado valiosísima, aunque sólo sea por el hecho de que con sus palabras ha respondido usted a una pregunta que yo me estaba haciendo una y otra vez. Una pregunta en la que, indudablemente, ponía en duda que todo hubiera acabado ya…

—Por desgracia, por lo que respecta a La Banda Negra, no creo que todo haya acabado… Hay algo turbio, encubierto, solapado, en

todo esto… Por eso, Richard, siento miedo… Miedo a ser la próxima víctima…

—¡Doctor Lombard!

—Hazte cargo, Richard, mi información es demasiado importante. Si se enteran de que voy a hablar, me cerrarán la boca para siempre.

—Procure tener cuidado, por si acaso. No se fíe de nadie. No confíe en persona ninguna.

—Así lo haré.

—Y dígame, como último eslabón de esta conversación que hemos sostenido, si usted no cree que el jefe de La Banda Negra haya realmente muerto, ¿qué es, ciertamente, lo que piensa y de quién realmente desconfía…?

—Daría cualquier cosa por saber algo más de lo que te he dicho, Richard —repuso el doctor Lombard—. Pero no, nada más sé. Desgraciadamente, es así.

CAPÍTULO X

Richard Mibbons se despidió del señor Burner y de Bessy, sin explicarles el porqué de su obligada visita a Londres. No quiso inquietarles. Se limitó a formular una excusa cualquiera.

Tampoco dijo nada a su sirvienta Rita. Era demasiado mayor para asustarla con una historia que quizá finalmente quedara en nada. Todo era posible.

Pero su visita a Londres no tuvo el éxito apetecido. Se encontró con que el doctor Flommer estaba de viaje.

—Vendrá a finales de la próxima semana —le informaron—. Está en París, en una conferencia. ¿Desea dejar algún encargo para él?

—No, no —respondió Richard—. Ya volveré en otra ocasión. Es un asunto personal.

Regresó a Asbertton por la mañana, bastante temprano, pues había conducido su coche a bastante velocidad.

Haciéndose cargo de la inquietud que debía sentir el doctor Lombard, que había quedado pendiente de su regreso, optó por ir a verle en seguida.

Pero no tuvo necesidad de entrar en el portal, ni de subir en el ascensor hasta su piso. En aquel preciso instante, le vio pisar la acera.

—¡Doctor Lombard! —llamó en voz alta, requiriendo su atención.

Pero el doctor pareció como si no le viera, y apresuró el paso hacia su coche particular, que estaba aparcado no muy lejos de allí.

Sin embargo, no consiguió su objetivo, que, por lo visto, era irse sin hablar con Richard, pues éste dio unas cuantas zancadas y se plantó a su lado, antes de que pudiera impedírselo.

—¿Por qué hace como que no me ve? —Le preguntó. Presentía no sabía qué, pero nada bueno.

—No te había visto —se excusó.

—Miente muy mal, doctor Lombard.

Le veía más nervioso y excitado que nunca. ¿Qué habría sucedido durante su ausencia? Algo… Algo que él aún ignoraba.

—Vengo de Londres —le dijo Richard—. Supongo que le interesa saber qué he averiguado de lo que hablamos…

—No recuerdo que habláramos de nada —repuso el doctor Lombard, secamente—. Y por favor, Richard, déjame seguir. Se me hace tarde. Tengo una visita urgente.

Richard le detuvo por un brazo.

—Hablamos de Valerie —le recordó—, la muchacha que usted afirma que estaba ciega.

—No —negó, rotundo—. Yo no afirmo eso. Todos saben en Asbertton que fingía su ceguera, que…

—¡Por favor, doctor Lombard! —barbotó—. ¿A qué viene que ahora rectifique? ¿A qué viene que se retracte de cuanto me dijo el otro día? Si estuvimos juntos y nos pusimos de acuerdo…

—No recuerdo que estuviéramos juntos —dijo—, ni que nos pusiéramos de acuerdo en nada.

—Mi cabeza no ha vacilado jamás, doctor Lombard, así que encuentro ridículo que intente que dude de mí mismo. Si es esto lo que pretende… Se lo ruego, no adopte una postura tan fuera de lo normal…

Un profundo desfallecimiento pareció adueñarse, de pronto, del doctor Lombard, quien, con una mirada que era una pura súplica, dijo finalmente:

—No me atosigues, Richard… Por favor, no… Tengo una hija pequeña… Aún no ha cumplido los diez años… Hará un par de semanas sufrió una grave caída y ahora está en el hospital, escayolada desde el cuello hasta los pies… Se pondrá buena, pero antes tiene que pasar este mal trago… Ahora no se puede mover, está postrada en el lecho… Postrada por el dolor de las múltiples fracturas y por el peso de la escayola, y cualquiera puede hacerle daño, si quiere… ¿Comprendes, Richard? —Y casi sollozando—: ¿Comprendes?

* * *

Aquella tarde la pasó trabajando junto al señor Burner, lo que no le impidió dedicar a Bessy el final del día.

Pero Bessy sabía captar fácilmente si él estaba preocupado o no; así que en esta ocasión le faltó tiempo para darse cuenta de que algo, lo que fuera, no terminaba de ir bien.

Le preguntó qué le pasaba.

Richard prefirió callar, de momento. Además, estaba muy preocupado y no tenía ganas de hablar.

Todo se estaba complicando de nuevo. Y no poco, ciertamente. Más, mucho más de lo que resultaba tranquilizador.

Desde luego, no tardaría en poner en conocimiento del señor Burner lo que sabía. O lo que, por lo menos, creía haber averiguado. Aunque sus investigaciones no habían llegado muy lejos.

Pero estaba dispuesto a que llegaran hasta donde fuera preciso. Ni más ni menos.

Sin embargo, su desaliento no pudo ser más intenso cuando al coger el periódico de la noche, se enteró de que el eminente y prestigioso doctor Flommer había fallecido en un accidente de coche.

Accidente sobrevenido en la autopista de París a Bruselas, a causa, al parecer, de un fallo de frenos.

Pero Richard Mibbons se convenció, al instante, de que algo más que un fallo de frenos había motivado aquel trágico suceso.

Sin embargo, a pesar de su inicial desaliento, Richard no iba a darse por vencido. Todo lo contrario; sus ánimos se redoblarían al comprender que si tantos obstáculos surgían en su camino, era prueba evidente de que estaba dando en la diana.

Pero la lista de víctimas inocentes no había acabado. Ni muchísimo menos.

Un nombre más había de quedar anotado.

Y este nombre era el de una pobre niña, que a causa de una desgraciada caída, permanecía en una cama del hospital, sin poder moverse, postrada, escayolada de pies a cabeza.

Permanecía en el lecho, ya sin dolor en sus miembros, pero oprimida, angustiada por el peso abrumador de la escayola, que le daba la sensación que pesaba más que toda la tierra junta del mundo.

Oyó que se entreabría la puerta de su habitación, y la niña

volvió hacia allí sus ojos, con la esperanza de que fuera su padre. O si no, la enfermera, la bajita, que era una muchacha muy buena y cariñosa, que le contaba cuentos muy bonitos.

Pero no era la enfermera, ni tampoco su padre. Era un sujeto alto, recio, muy fuerte.

—Eres la hija del doctor Lombard, ¿verdad, pequeña? —le preguntó, sonriendo.

—Sí —dijo ella.

—Me envía tu padre —sonrió el hombre—. Quiere que te pregunte si te gustaría ver actuar a unos payasos. Hacen acrobacias, bailan, tocan música…

—¡Oh, sí! —exclamó la niña—. Me gustaría mucho. —Su gesto se hizo triste—. Pero yo de aquí no puedo moverme.

—¿Quieres que yo te coja en brazos y te acerque a la ventana? —El hombre seguía sonriendo—. Los payasos están abajo, en el jardín.

—Con todo esto que llevo encima, debo pesar mucho —dijo la niña.

—Yo soy muy fuerte —afirmó, haciéndole notar sus bíceps. Sin más, se acercó a la ventana y la abrió de par en par. Luego se acercó al lecho—. ¿Preparada, pequeña? Voy a demostrarte que para mí pesas menos que una pluma. A la una… A las dos… A las tres…

La cogió en brazos, poniendo suavidad en sus gestos para que la niña no se doliera de nada. Seguía sonriendo.

Ya cerca de la ventana, la niña se lamentó:

—No veo a los payasos. Esto está muy alto.

—No te preocupes. —La sonrisa parecía ahora cuajada en el rostro de aquel hombre—, te asomaré un poco más, y entonces los verás… ¿No oyes la música?

—No, no la oigo.

—Espera… Ahora lo verás todo… ¡Todo! —Y de súbito, la impulsó bruscamente hacia fuera, arrojándola por los aires.

La niña lanzó un grito espantoso. Y tardó brevísimos instantes en llegar abajo, pues el peso de la escayola hizo aún más trágica y escalofriante la rapidez de su caída.

Quedó muerta en el acto.

CAPÍTULO XI

Cuando Richard Mibbons se enteró de lo sucedido a la hija del doctor Lombard, no expresó todo el horror que sentía, tal vez porque eso ya no conducía a nada y también porque comprendió que debía reaccionar con presteza, dada la gravedad de los hechos.

Si habían dado muerte a la hija del doctor Lombard de un modo tan horripilante, ¿qué sería del padre, que era en realidad el que les resultaba peligroso?

A la niña debieron matarla por venganza, posiblemente dando por hecho que el padre había hablado más de la cuenta. Pero era el propio doctor Lombard quien les estorbaba. Y por cierto, de forma apremiante.

Richard Mibbons, pues, corrió hacia el domicilio del doctor, aunque convencido de que no iba a llegar a tiempo. Hubiera sido demasiada suerte.

De todos modos, consciente del peligro que le acosaba, sin duda el doctor Lombard no abriría fácilmente la puerta de su casa al primero que llamara.

En esto estribaba la única esperanza de Richard, que corría como un loco hacia allí.

Pero sus peores temores habían de confirmarse.

Iba a llegar tarde.

Sí, porque precisamente en aquellos instantes alguien estaba llamando a la puerta del piso del doctor.

Un piso donde el doctor vivía solo. Por la mañana, una mujer acudía para hacer las faenas domésticas y para asear el consultorio. Pero a aquella hora ya no había nadie.

El doctor Lombard entreabrió la mirilla y observó a través de ella. Suspiró sin apuros, abriendo seguidamente.

—¡Ah, es usted! —saludó cordialmente—. ¿Qué tal está? No, no muy bien, presumo, cuando se acuerda de mí.

—Tengo un poco de tos —respondió la persona que acababa de entrar—. No se me va. He pensado que no estaría de más que usted me auscultara.

—Muy bien. Ande, pase… Ya sabe el camino…

Ya en el consultorio, esa persona adquirió una expresión muy particular al reparar, tras las puertas corredizas de cristal de un armario de metal, en una botella cuya etiqueta ponía «cloroformo».

Fue la expresión de quien, teniendo ya una idea en la cabeza, de pronto la cambia por otra que considera más oportuna.

Y no tardó en llevarla a la práctica.

Por cierto, lo hizo todo de un modo tan veloz, que el pobre doctor Lombard quedó como petrificado.

Primero experimentó sorpresa, y luego un infinito terror al comprender… ¡quién era esa persona! Le quedó el cuerpo agarrotado, imposibilitándole toda posible reacción.

Lo dicho, sucedió de un modo veloz. Terriblemente veloz.

La mano de la persona intrusa descorrió el cristal corredizo del armario de metal y cogió la botella de cloroformo, sacándola de allí y estrellándola con fuerza en la cabeza del doctor.

El golpe fue rudo, pero no hubiera tenido consecuencias de ninguna índole a no ser que, al romperse la botella en varios trozos, su contenido se desparramara sobre la cabeza, frente, mejillas y nariz de aquel hombre, que, de manera inevitable, se vio respirando una y otra vez el penetrante olor.

Brillaban intensamente los ojos de quien había hecho aquello… Y al doctor Lombard ya no pudo caberle duda, ninguna duda, de quién era en realidad aquella persona.

—Es usted… es usted… —dijo horrorizado el doctor Lombard, y ya empezaba a tambalearse—. Es usted…

—Sí, soy yo —respondió, con tono implacable—. A mí nadie me ha de vencer… No, no ha debido ir a la policía… Pero ni aun así podrán conmigo…

—No he ido a la policía. De veras que no —aseguró el doctor Lombard, y daba pasos adelante y atrás, oscilando, vacilando.

—Sí, ha ido… ¡Y a mí no me desobedece nadie! ¿Sabe lo que ha sido de su hija? Está muerta… Muerta… Ha caído por la ventana del hospital… Con la escayola puesta…

—¡No! —gimió el doctor Lombard—. ¡No! ¡Noooo…! —Pero el

cloroformo le estaba ya adormeciendo, ya no veía claro, ya todo daba vueltas a su alrededor.

—Un lamentable accidente. Se lo previne por teléfono, ¿no es cierto? —Y añadió—: Ahora acabaré con usted. De una manera definitiva…

El doctor Lombard se dejó caer, gimiendo, llorando, medio dormido ya, casi inconsciente, sobre un sillón. La cabeza le quedó colgando sobre el brazal, mirando hacia el techo.

Esa persona vio que en el casco de la botella, que había caído y rodado por el suelo, aún quedaba algo de cloroformo.

Se agachó, recogió el casco y desparramó el líquido, antes de que se evaporara, sobre el rostro del doctor Lombard. Quien a los pocos instantes había de quedar completamente postrado.

«Así no te despertará…», musitó la voz.

Después, buscó un bisturí. Cualquiera le servía. Lo encontró en seguida. Estaban alineados en el mismo armario que antes se hallaba la botella de cloroformo.

Con gestos fríos como un témpano de hielo; con ademanes estremecedores como un aliento de muerte, acercó el bisturí al cuello del doctor Lombard…

* * *

—Hazme la maleta, Rita. Mete sólo lo más preciso. Esta misma noche salgo hacia Londres.

—¿Otra vez?

—Sí, otra vez.

—¿Sucede algo malo?

—Lo que no sucede es nada bueno.

—¿Te refieres a la muerte del doctor Lombard y a la de su pobrecita hija?

—Me refiero a tantas cosas juntas, que ya no sé exactamente qué pensar. Pero he de solucionar el caso. —Hubo decisión y firmeza en el tono viril de su voz—. He de solucionarlo sin tardanza.

—Te conozco desde niño, Richard; lo que llevas entre manos es grave, muy grave. ¿No quieres decirme de qué se trata?

—Mi buena Rita… —Le dio unos cariñosos cachetes en la mejilla

—, nunca te equivocas respecto a mí. Sí, es muy grave todo este caso… Pero llegaré hasta sus raíces, puedes darlo por seguro. No quedaré a medio camino.

—Pareces decirlo como si en todo esto hubiera un peligro para ti.

—Lo hay, me consta. Pero lo afrontaré sin vacilaciones, ¡por descontado que sí! En fin, prepara la maleta cuanto antes.

—Bueno, bueno… —acató, conociéndole demasiado para intentar hacerle desistir de su idea—. Y si alguien me pregunta por ti, ¿qué he de decir?

—Que estoy fuera. Sin más explicaciones.

—De acuerdo. Pero ¿y si el señor Burner pregunta por usted, o su hija Bessy? ¿Lo mismo? ¿Que está fuera, sin más explicaciones?

—No, no, a ellos les dices la verdad, que estoy en Londres. Diles que regresaré así que pueda. Diles que trato de esclarecer algo importante referente a la Banda Negra. Pero ruégales que guarden discreción al respecto.

—¡Dios de los cielos! —exclamó Rita—. ¿Se trata de eso… de eso… de eso…? —Se le atragantó la voz—. ¿Acaso supones que esas nuevas muertes…? ¡Oh, no! —Ella misma se respondía—. ¡Toda aquella pesadilla ya pasó! Sería demasiado horrible que volviéramos a empezar… Eso significaría —dedujo— que la banda tenía un nuevo jefe.

—O que su verdadero jefe nunca ha estado muerto —recalcó Richard.

CAPÍTULO XII

Le ofreció unos billetes a la enfermera, una mujer de mediana edad, de aspecto pulcro y competente, diciéndole:

—Por favor… Es de vital importancia para mí, se lo aseguro. Pensaba entrevistarme con el doctor Flommer y pedirle el diagnóstico de la señorita Valerie Boss.

—¿Valerie Boss? No, lo lamento. No era cliente del doctor Flommer… En todo caso, Valerie Miscoll… Tal vez está usted refiriéndose a ella…

—Sí, es posible —admitió Richard, tras un momentáneo desconcierto—. Sí, su nombre debe ser el que usted acaba de indicarme… Pues bien, le decía que iba a pedirle al doctor Flommer el diagnóstico de la señorita Valerie Miscoll… Era él quien iba a operarla. Pero el doctor Flommer, desgraciadamente, ha muerto en accidente de coche, y ahora, a menos que alguien se brinde a ayudarme…

—Yo no puedo hacerlo —le respondió la enfermera— ni creo que pueda hacerlo nadie. El diagnóstico de la señorita Valerie Miscoll ha desaparecido de esta clínica. Inexplicablemente… No crea que se trata de una excusa para no complacerle a usted. Le aseguro que es cierto. Todo su diagnóstico ha sido robado. No sabemos por qué, ni por quién… Pero es así…

—Es una contrariedad —frunció el entrecejo.

—De tenerlo en nuestros archivos, señor, gustosamente le hubiera informado. Aunque sólo fuera…

Y cuando Richard lo veía ya casi todo perdido, oyó lo que había de ser como dar con el hilo de la madeja:

—… Aunque sólo fuera —había dicho la enfermera— porque la señorita Valerie Miscoll y yo simpatizamos, al entablar conversación, pues resultó que ambas habíamos nacido en la misma pequeña localidad, al norte de Aberdeen.

Richard tragó saliva, apremiándola con su rápida pregunta:

—¿Qué nombre tiene esa localidad?

—Bestter, al norte de Aberdeen. Es un lugar tranquilo, sosegado, con unas hermosas montañas rodeando el valle. Cerca está el bosque y el río, y las parejas de enamorados buscan el rumor cantarín del agua y el gorjeo alegre de los pájaros… Bueno —se rió la enfermera, en medio de su añoranza—, se ve que vivo en Londres y que echo a faltar un poco aquello, ¿no le parece?

—Sí, tal vez. En fin, gracias por su información.

—No ha sido mucha, lo lamento.

—Creo que resultará suficiente.

Richard no tuvo ya otro pensamiento que llegar a Bestter, a esa pequeña localidad donde había nacido Valerie, y donde posiblemente encontraría toda, o al menos parte, de la información que necesitaba.

Pero de Londres a Bestter había muchos kilómetros, así que procuró tomárselo con un poco de calma. De lo contrario, no llegaría, porque antes se rompería la crisma. Se prometió a sí mismo no pasar de cien por hora.

Cuando llegó, lo primero que hizo fue entrar en una taberna, donde pidió un café bien cargado. Buena falta le estaba haciendo.

Luego le dijo a la mujer baja y gorda que le había atendido:

—Soy periodista. Vengo a buscar información de una tal Valerie Boss, que tengo entendido que nació aquí.

—No recuerdo.

—Disculpe —corrigió en seguida—, he querido decir Valerie Miscoll…

—¡Oh, sí! —exclamó la mujer—. Yo fui amiga de su madre. La pobrecita murió cuando nacieron las niñas.

—¿Las niñas? —inquirió Richard, tenso todo él.

—Sí, Valerie e Hilda… Eran gemelas… Nacieron con apenas media hora de diferencia. ¡No puede usted imaginarse dos hermanas más iguales, más idénticas! ¡Y qué guapas, qué hermosas!

—Siga, siga… —Richard quería contener su anhelo, su ansia, pero era pedirse demasiado a sí mismo.

—Sin embargo —continuó diciendo la mujer baja y gorda, quien se sentía importante dando aquella información a un periodista—, siempre fueron muy distintas. Valerie era sencilla, dócil, generosa y

desgraciada, pues la infeliz nació ciega. En cuanto a Hilda, era orgullosa, rebelde, egoísta y feliz… Sí, siempre se reía de todos. En particular de los muchachos de por aquí. Solía decirles que eran poco para ella, que ella soñaba con algo mucho mejor. ¡Y si supiera usted en qué acabó todo…!

—Espero que me lo diga, señora.

—Pues en lo que era de esperar. Un buen día se cansó de este lugar y se largó. Esperaba conquistar el mundo. Pero no fue así, y el mundo se la tragó. Ya sabe lo que quiero decir, fue descendiendo y acabó dándose a la mala vida, hundiéndose como una más.

—¿Y qué fue de la muchacha ciega?

—Vivía aquí con su tío, Brian Miscoll, un hombre sin demasiados alcances. En cierta ocasión, quiso robar la caja en una tienda de comestibles y la policía le detuvo. Salió con fianza, pero quedó fichado. Quizá por eso decidió dejar esto y establecerse modestamente en alguna parte. Según me dijo, iba a cambiar de nombre; no quería que, por lo sucedido en la tienda, la policía pudiera tenerle entre ojos. En adelante quería portarse bien, sin que nadie le molestara… Yo le deseé suerte, porque era una buena persona. Si intentó robar, fue para la operación de Valerie, lo sé… En fin, se fueron de aquí, y desde entonces no hemos vuelto a saber de ellos.

—¿Y de la otra muchacha, Hilda, tampoco han sabido nada más?

—Sí —asintió la mujer—. De ella hemos sabido algunas veces. Un vecino se la encontró últimamente, hará cosa de un año, en un bar, en Nottingham. Estaba bebida.

—¿Reconoció al vecino? —quiso saber Richard.

—Sí, sí… Estaba bebida, pero no borracha del todo. Le preguntó por su tío y por su hermana, a los que no había vuelto a ver. Dijo ese vecino que al final tenía los ojos arrasados en lágrimas. Pero lo suyo era entretener a los clientes, así que pronto volvió a sonreír.

—¿Sabe usted el nombre de ese bar en el que su vecino la encontró?

—No, pero si quiere puede usted preguntárselo… Vive aquí cerca.

—Es usted muy amable, señora.

—No faltaría más…

Ya sabiendo cuál era el nombre de ese bar, Richard Mibbons volvió a ponerse al volante de su coche.

Ahora debía ir a Nottingham.

* * *

Aquel bar era un establecimiento amplio, pero bajo de techo, cargado de olor a humo, a sudor, a tabaco malo y a perfume de ínfima calidad. La mezcla resultaba deplorable.

Richard quiso hablar con el dueño.

—Usted dirá.

Era un hombre corpulento, de rostro pecoso, de expresión adusta, de ojos entrecerrados que parecía no querer abrir como si de antemano recelase de algo.

—Venía a preguntarle por Hilda. Me han dicho que trabajaba aquí.

—Ya no —respondió escuetamente el hombre.

—Pero antes sí, ¿no es eso? —insistió Richard.

—Sí, antes, sí —asintió, sin dar facilidades para que prosiguiera la conversación.

—¿Como cuánto tiempo? —preguntó—. Me interesa mucho saberlo, porque…

El hombre le interrumpió:

—Escuche, yo no quiero líos. Yo vivo honradamente de mi trabajo y todo lo demás no me interesa. Hilda era una chica muy guapa y sabía tratar a los clientes. No tengo nada contra ella, así que…

—No se trata de nada malo —repuso Richard.

—Mire, yo no suelo fiarme de nadie. Ni de mi sombra. Siempre lo he hecho así y me ha dado excelentes resultados. Con su permiso, voy a seguir sirviendo. Me reclaman los clientes.

Se alejó.

Por lo que Richard se quedó como al principio.

Sin embargo, en aquel momento se le acercó un joven alto, delgado, pálido, que evidentemente había bebido muchos más *whiskys* de los debidos.

—¿Quiere saber cosas de Hilda? —le preguntó, balbuceando—.

Yo puedo decirle todo lo que le interese.

—¿De veras?

—Sí. Vayamos a esa mesa —le indicó un lugar apartado—. Usted me paga un par de copas y yo me suelto de la lengua lo que sea preciso. ¿Por qué no? No hay ningún mal en ello.

—No sólo le pagaré un par de copas —dijo Richard—, sino que le daré unos cuantos billetes para que mañana se tome otras tantas.

—De acuerdo… —Pero ya sentado ante la mesa, el joven añadió —: De todos modos, no voy a explicarle nada extraordinario.

—Me basta —puntualizó Richard— con que me explique cuanto sepa de ella. Presiento que usted la conocía bien.

—Yo estaba enamorado de ella —empezó a decir, y bebía ya la primera copa que Richard iba a pagar—, pero Hilda me trataba como a uno más. De todos modos, antes de marcharse de aquí me demostró, con sus confidencias, que sentía por mí algo especial. Creo… creo… —seguía balbuceando— que de no haberse ido, finalmente hubiera querido casarse conmigo.

—¿Qué clase de confidencias le hizo?

Respondió con otra pregunta:

—¿Seguro que me dará unos billetes?

Richard los sacó de su cartera, poniéndolos ya en sus manos. Fueron más de los que el joven esperaba, por lo que se precipitó a seguir hablando:

—Fueron confidencias un poco extrañas… Bueno, por lo menos a mí me lo parecieron. Le iban a pagar un dineral por obedecer órdenes. Ordenes que en seguida empezó a darle el hombre que vino a buscarla. De eso hará unas cuatro semanas.

—¿Cómo era ese hombre? ¿Y qué órdenes, en concreto, le dio?

—El hombre ese tendría unos cincuenta y cinco años, más o menos, era elegante, y tenía buen aspecto. Al cerrar el trato, le anticipó cien libras… Yo le dije a Hilda que era demasiado dinero, que veía turbio el asunto… Pero Hilda andaba loca buscando dinero… Es drogadicta, ¿sabe?, y el viejo le arrastraría sobre una ciénaga y no se rebelaría. En cuanto a las órdenes que recibió, debió despedirse de aquí sin explicar nada a nadie y debía ir a la ciudad de Asbertton. A unos quince kilómetros por la carretera del Norte, junto al cementerio, vería una casa de piedra. Allí debía dirigirse. Le parecería un lugar abandonado, pero no lo estaba. Allí recibiría

nuevas instrucciones.

—¿Y qué más?

—Nada más —contestó el joven—. Se fue y… no he vuelto a saber de ella. Me dijo que me escribiría, me lo prometió, pero no lo ha hecho. Se ha olvidado enteramente de mí.

—¿Le habló, en alguna ocasión, de su familia?

—Sí, tenía una hermana gemela, que era ciega, y un tío que, al parecer, nunca la había comprendido. Aunque la culpa no sería de su tío, estoy seguro, si no de ella. Es una muchacha con muchos defectos… No sé cómo he podido enamorarme… ¡Si seré imbécil!

Aún siguió hablando de Hilda, pero ya no dijo nada más de particular. Ya sólo fueron vaguedades, agudizadas por las copas que, una tras otra, se iba haciendo servir.

* * *

Richard Mibbons estaba convencido, plenamente convencido, de una cosa.

La muchacha que conoció en el parador era Valerie, la ciega, y la que había muerto a balazos en el jardín de la finca del señor William Burner, era Hilda. Y ésta había suplantado a su hermana después del paseo que Valerie y él hicieron juntos por el cementerio.

Luego, él, al ver sacar el cadáver de Dorothy, la chica pelirroja, y ver allí la pulsera de tía Carol, se dirigió al parador a buscarla de nuevo y a pedirle explicaciones de aquel hecho insólito. ¡Y fue entonces cuando Hilda se había puesto en el lugar de su hermana! ¡Por eso él sintió, de pronto, aquella punzada, aquella sensación de que sus ojos veían…!

Claro, ya no era Valerie.

Pero, siendo así, ¿qué había sido de la propia Valerie? Porque la muerta era Hilda. A este respecto no cabían dudas.

Todo estaba aún muy confuso.

Pero se desprendía el hecho evidente de que Hilda no podía ser el verdadero jefe de la Banda Negra, ya que ésta hacía meses y meses que asolaba con sus desmanes a Asbertton, e Hilda hacía sólo unas pocas semanas que había dejado de trabajar en aquel lugar.

El rompecabezas no salía. No encajaban debidamente las piezas. Faltaba encontrar su exacto lugar.

Empero, Richard sabía que había adelantado mucho. Que no habían resultado infructuosas sus pesquisas.

Seguiría adelante.

Sin perder el aliento.

¿Qué nuevo paso podía dar?

CAPÍTULO XIII

El señor Burner le había dicho que había contratado a un detective, un tal Fannon, para que fuera a Asbertton e investigase. El detective sufrió una crisis cardíaca y tuvo que abandonar su cometido, lo que había lamentado, pues era inteligente, astuto, y sabía desempeñar su oficio con eficacia.

Richard Mibbons pensó en ir a verle, en entrevistarse personalmente con él. Quizá pudiera informarle de algo más.

Guiado por esta idea, Richard volvió a Londres, y una vez allí, consultó el listín de teléfonos.

Pero con gran asombro por su parte, el nombre de Fannon no aparecía en ninguna de aquellas páginas.

Desconcertado durante varios minutos, quedó sin saber qué pensar…

Si el señor William Burner le había mentido, ¿qué motivos podían haberle inducido a hacerlo?

Finalmente, decidió ir a hablar con el doctor Calvin, psiquiatra, director jefe de la clínica en la cual el doctor Flommer debía haber operado a Valerie.

Ignoraba qué era exactamente lo que buscaba con esta nueva entrevista, pero Richard sabía que no podía permanecer inactivo, que no debía darse por vencido, que debía apurar a la desesperada cualquier posibilidad, por pequeña que ésta pudiera parecer.

Pero lo gracioso, y a la vez patético, fue que en la conversación no llegó siquiera a ser pronunciado el nombre de Valerie. De la manera más inesperada, la situación sufrió un giro enteramente insólito.

Para ello había de bastar que Richard le dijera al doctor Calvin que venía de Asbertton, que trabajaba como secretario particular del millonario señor Burner y que…

Y ya surgió la pregunta del doctor Calvin:

—¿Burner? ¿Se refiere usted al señor William Burner? —Y viendo que Richard asentía, dijo, ya sin necesidad de más—: ¡Pobre hombre! ¡Qué caso más desgraciado y deplorable el de su hija Bessy!

—¿Cómo? —inquirió Richard, habiéndose removido, inquieto, en su asiento—. ¿Ha dicho usted…?

—Me refiero —especificó el doctor Calvin— a Bessy, a su infeliz y desgraciada hija. ¡Un caso sin posible cura!

—Sin cura… —repitió Richard, sintiendo un frío helado en la médula de los huesos.

—Una esquizofrénica, una psicópata, una peligrosa demente… Resultó inevitable firmar con urgencia su orden de ingreso en un manicomio…

* * *

Cuando Richard llegó a la mansión señorial de las afueras de Asbertton, hizo sonar el claxon de su coche. Y lo hizo sonar de un modo despreocupado y alegre, como si ciertamente no hubiera sucedido nada de particular.

Bessy salió a recibirle con un bonito vestido floreado, pero ella no podía fingir alegría ni despreocupación. Sabía por Rita a qué había ido Richard a Londres, así que la situación no le ofrecía muchas garantías de seguridad. De esto que sus ojos aparecieran velados por una sombra extraña.

—¡Hola, Bessy! —El saludo de Richard fue todo lo desenvuelto y simpático que requería la situación.

—Hola —contestó ella, y empezó a sonreír al ver que en Richard nada había cambiado, que todo seguía igual—. Me has tenido un poco inquieta.

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿Por lo precipitado de mi salida? Oh, discúlpame, Bessy, debí venir a despedirme, lo comprendo. ¿Quieres disculparme?

—Claro que sí, no tiene importancia. Pero cuéntame, ¿qué has conseguido averiguar?

—Nada en absoluto —repuso él—. Creía tener una sospecha… Sin embargo, debían ser todo meras figuraciones mías. La verdad es

que he vuelto como me he ido, sin aclarar nada. ¿Sabes lo que te digo? Me he cansado de buscarle tres pies al gato.

—¿Y qué sospecha tenías? —quiso saber Bessy.

—Tonterías —dijo Richard—. Demasiada imaginación por mi parte. Se acabó. No quiero volver a pensar más en todo ello.

—Es una excelente idea —intervino el señor Burner, yendo hacia Richard y dándole unas palmadas en la espalda—. Hay que dejar de pensar en todo lo pasado.

—Y sólo dar cabida —dijo Richard— al futuro… A nuestro futuro. —Y con la expresión impenetrable—: Un futuro que el destino está uniendo cada día más.

—¿Te estás declarando? —Ella sonrió abiertamente—. Me parece que sí. Pues antes de que te arrepientas, me apresuro a responderte… Será un placer compartir el futuro contigo, Richard.

—Espero darte toda la felicidad que te mereces —dijo él, y seguía sin alterarse ni un solo rasgo de su rostro.

—Me hace dichoso oíros —dijo el señor Burner—. Esto es lo que estaba esperando hace mucho tiempo. Soñaba tener un hijo como tú.

—Me honra usted, señor Burner.

CAPÍTULO XIV

Estuvieron hablando hasta que se hizo de noche.

Y cuando parecía lógico que Richard se despidiera, pues era ya muy tarde, fue Bessy la que dijo que le gustaría salir con él a dar un paseo en coche, bajo la luz de las estrellas.

—Debe estar cansado del viaje —dijo el señor Burner—. Ha venido directamente aquí. Debes ser comprensiva, hija. Mañana será más oportuno.

—Por favor, Richard —pidió Bessy, con tono de niña mimada—. ¡Hace una noche tan hermosa!

—Lo que tú quieras —dijo Richard.

Cuando fueron a subir al coche de él, Bessy sonrió, diciéndole:

—Si no te importa, conduciré yo. Tú debes estar cansado de haber hecho ya tantos kilómetros…

—Sí, estoy un poco cansado —asintió—. Conduce tú.

Bessy giró la llave de contacto y puso el coche en marcha, cogiendo la dirección de Asbertton, pero girando a la derecha, por un camino vecinal, apenas un par de minutos después.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Richard, al parecer de muy buen humor.

—A un lugar muy romántico que conozco —ella le miró, poniendo su más inofensiva e ingenua expresión—. Te gustará.

—Si tú eliges el lugar, seguro que también me gustará a mí. No puedo ponerlo en duda. —Y de un modo instintivo, Richard Mibbons buscó el contacto frío de su pistola.

Cuando el coche se detuvo y ambos se apearon, el lugar no ofrecía mucho romanticismo, ésta es la verdad.

Era aquél un lugar apartado, con una cabaña hecha de troncos de árboles, a unos cincuenta metros del camino. El resto eran campos solitarios.

—Te gusta, ¿verdad? —ironizó Bessy.

Ya estaba cerca de quienes le obedecían ciegamente —para tenerlos a raya había usado unos métodos realmente maquiavélicos— por lo que ya podía permitirse el lujo de destapar su verdadera personalidad.

—Francamente, no me gusta mucho —dijo Richard.

La puerta de la cabaña se había abierto, apareciendo varios sujetos. En esta ocasión vestidos normalmente, sin sus máscaras grotescas.

Fueron directamente hacia allí. Y quedaron cerca, a la espera de lo que Bessy mandara.

—¿Quiénes son? —preguntó Richard, aunque de antemano ya lo sabía.

—Mis hombres —repuso Bessy.

—¿Qué hombres? —Se hizo el sorprendido.

—Te creía más listo. —Y dirigiéndose a aquellos individuos, con voz crispada, metálica—: ¡Sujetadlo! ¡Y mirad si lleva armas! ¡Y luego, conducidle dentro!

Cayeron sobre Richard como una guarida de lobos, no tardando ni cinco segundos en desarmarle. Aunque intentó rebelarse ante el alud que caía sobre él, resultó en vano. Eran demasiados contra uno.

Medio a rastras, le llevaron al interior de aquella cabaña, donde al parecer no había nadie más.

Pero sí, había una muchacha en una esquina, acurrucada, hecha un ovillo, temblando de pies a cabeza.

—¡Valerie! —exclamó el prisionero.

Y la muchacha alzó sus ojos, que no veían para gritar en el paroxismo de su inenarrable alegría.

—¡Richard! ¡Richard! ¡Richard!

—Aquí tenemos ya juntos a la pareja —dijo Bessy, que había entrado tras sus hombres, y su voz seguía crispada, metálica; daba escalofríos el solo hecho de oírla—. Debimos empezar por esto… Por juntarles y eliminarles.

—¿Qué significa todo esto, Bessy? —preguntó Richard—. Si no me lo explicas, no puedo entenderlo. ¿Qué clase de broma es ésta? ¿O acaso no es ninguna broma y tú eres… eres…? —Dejó pendientes los puntos suspensivos, con toda su fuerza incisiva.

—¡Sí! —gritó Bessy, desquiciada en sus gestos, en su expresión

—. ¡Yo soy la jefe de la Banda Negra! Asombrado, ¿eh, Richard?

—Sí —admitió.

Richard había adelantado unos pasos, llegando junto a Valerie. Quien de un modo instintivo buscó la protección de sus brazos, que se cerraron queriendo infundirle valor.

—Pero haber averiguado que soy el jefe… —masculló Bessy— te va a costar caro. Sin embargo, la culpa no será mía, sino tuya. Has hecho todos los posibles por complicar las cosas. Yo ponía buena voluntad hacia ti, pero tú…

—Dejarte suelta ha sido un puro desvarío —la voz de Richard sonó con incontenible indignación.

—¿Quieres darme a entender que mi sitio es el manicomio? —Los dientes le chirriaban de rabia—. Sí, quizá acabe en un lugar de ésos. Pero antes te habré matado a ti, y a Valerie… A los dos… ¡Los dos me estáis estorbando ahora!

—Sí, ha sido un puro desvarío dejarla suelta. —Era la voz de William Burner, que con su coche había llegado tras ellos—. Pero volvería a hacerlo… ¡Bessy es lo único que me queda en el mundo! ¡No voy a encerrarla hoy ni nunca! Hasta las últimas consecuencias.

Richard no dijo nada.

—Las consecuencias no han sido tan malas —dijo Bessy, mirando a su padre—. Al menos, para nosotros. Todos te tenían por rico, por millonario, pero lo cierto es que estabas arruinado. Por lo menos, lo estabas hasta que cogí las riendas de nuestra economía. ¿Que lo he hecho de un modo muy particular? Sí, lo admito, pero ha sido un rotundo éxito. ¿Que ha costado muchas vidas? ¡Bah! Yo disfruto exterminándolas, en un placer intenso que no acierto a contener, y que me gusta paladear hasta el máximo.

—Han sido demasiadas muertes —dijo Richard—. Muertes horribles, espeluznantes… ¡Su hija acabará en un manicomio, señor Burner, pero usted irá directo a la horca!

—Adonde sea —respondió el señor Burner—. Ya te lo he dicho, afronto la situación hasta sus últimas consecuencias. Pero ¿por qué lo has hecho todo tan difícil, Richard? Todo ha podido ser sencillo, fácil… Bessy te quería y deseaba casarse contigo. Todo empezó a estropearse el día que conociste a Valerie.

* * *

Efectivamente, Richard Mibbons conoció a la muchacha ciega, y algo, a partir de ese instante, le impulsó, casi le obligó, a no seguir adelante con Bessy.

Y como sea que había regalado la pulsera de tía Carol a la muchacha, el hecho en sí se complicó enormemente al enterarse de ello Bessy, informada por uno de sus hombres, que solía frecuentar con asiduidad el parador de la carretera.

Perdiendo los nervios con exacerbada prontitud, como era proverbial en Bessy, cuando algo se entrecruzaba en su camino, juró una y mil veces que mataría a Valerie y también a Richard.

Pero en seguida se rectificó a sí misma.

—¿Recuerdas, papá, que un día me dijiste que habías estado en Nottingham, y que en un bar en el que entraste casualmente había una muchacha idéntica a Valerie Boss, la chica ciega del parador?

—Sí —contestó William Burner.

—Pues si tan idénticas son…

—Sí, exactas. Es lo que me sorprendió. Exactas.

—Pues siendo así… ¡Oh, qué idea más buena se me ha ocurrido! ¿Quieres saber lo que pienso? Pues sencillo, desilusionar a Richard… Todo Asbertton desea saber quién es el jefe de la Banda Negra, ¿no es eso? Pues yo les responderé a eso, a mi modo… Y Richard quedará desilusionado, de tal forma, que en seguida volverá a mí.

—No te entiendo, Bessy.

—Te lo explicaré.

Quitaron la pulsera a Valerie, aprovechando un descuido de la muchacha, y luego enterraron la joya junto a la primera persona que pasó cerca del cementerio. Resultó ser Dorothy…

Cuando se desenterró el cadáver y apareció la pulsera, Richard sospechó de Valerie y volvió a su lado para pedirle explicaciones de lo sucedido. Pero Valerie había sido raptada, e Hilda se había puesto en su lugar. Para eso, con anterioridad, William Burner había ido a buscarla a Nottingham, ofreciéndole una elevada cantidad de dinero.

Richard se dio cuenta, o por lo menos sospechó, que los ojos de la muchacha veían. Y aumentaron sus sospechas…

Seguidamente, William Burner sacó a relucir a Richard el detective que había contratado, el cual le dijo que cerca del

cementerio en la casa de piedra… En conclusión, Richard no tardó en acudir allí.

Entonces se encontró con Hilda, que fingió ser el jefe de ese grupo de desalmados. Y terminó ofreciéndole su hermoso cuerpo y su apasionado amor, pero le ofreció asimismo la oportunidad de huir por la cornisa de la ventana.

Oportunidad que Richard no había de desaprovechar, tras haber presenciado, una vez más, el horror de tanto tormento y tanta muerte. Una horrible muestra, el joven encadenado que sufría el dolor espantoso y torturante de aquellas brasas.

Cuando Richard volvió con la policía, ellos ya no estaban allí. Por descontado que no.

Luego, como colofón, Bessy se propuso que Hilda acudiera a la finca de su propio padre, con la máscara puesta. Sabía, pues, que de allí no saldría con vida. Estaban los dos policías con orden de disparar, y ella no dejaría de gritar, así que la viera aparecer.

Le convenía que Hilda desapareciera cuanto antes, pues empezaba a no querer colaborar, espantada del lugar en el que se había metido.

A tía Carol la mataron porque sabía que Valerie tenía una hermana gemela. No convenía que lo repitiera.

Pero si mataron a tía Carol fue porque Hilda se puso ante la mirilla y se hizo pasar por su hermana.

De aquella muerte, por tanto, la principal causante era Hilda. ¡Y todo aquello era ya demasiado! ¡Si por el placer de conseguir droga se veía capaz de soportarlo!

Por todo ello, Bessy decidió acabar con su vida.

Pero antes acabó con la de Brian Boss, pues él supo desde el primer momento que Valerie había sido raptada y que Hilda había sido puesta en su lugar. Calló debido a las amenazas recibidas, pero ¿seguiría callando? La duda encerraba demasiado peligro.

En conclusión, muerto ya el jefe de la Banda Negra, todo quedó solucionado.

Richard no tardaría en decidirse nuevamente por Bessy.

CAPÍTULO XV

—Pero fuiste a ver al doctor Lombard —dijo Bessy—. Y volvió a complicarse todo, Richard.

—Desgraciadamente, sincerarse conmigo le costó la vida —repuso Richard Mibbons—. De eso te encargaste tú, Bessy, o tus hombres, que para el caso viene a ser lo mismo. Aunque presumo que fuiste tú misma.

—¡Sí, sí! —afirmó repetidamente Bessy—. ¡Fui yo! ¡Yo! Pero antes, uno de mis hombres se encargó de la hija. De mí no se burla nadie, y necesitaba decírselo antes de matarle.

—¡Eres un monstruo, Bessy! —exclamó Richard.

—Y mandé hacer otras cosas —dijo ella—. Quitar de en medio al doctor Flommer, el que debía operar a Valerie, y robar el diagnóstico de la clínica… Todo pensado con inteligencia…

—¡Eres un monstruo, Bessy! —repitió Richard.

—Y tú un perfecto idiota —resultó más estridente que nunca su voz—, pues de no serlo no estarías aquí, atrapado como un ratón.

—Yo necesitaba saber, ante todo, cuál era tu actual guarida —dijo Richard—. En esa guarida, presentía que encontraría a Valerie. Y el único modo de conseguir mi propósito era éste: hacerme el idiota.

—Bien, ya sabes dónde está Valerie.

—Sí —asintió—. Entre mis brazos.

—Poco has adelantado con esto.

—No has debido arriesgarte tanto por mí —murmuró Valerie—. Pero ya que estás aquí, por favor, no me sueltes.

Richard la estrechó aún más fuerte.

—No te asustes —le dijo—. Todo irá bien.

William Burner vio a Richard demasiado sereno, lo que le hizo temer que el joven no hubiera sido todo lo ingenuo que les había hecho creer.

—¡Cuidado, Bessy! —le previno—. ¿No estará merodeando por aquí la policía? Quizá Richard, antes de ir a nuestra casa… Tal vez nos han estado siguiendo.

Bessy se puso lívida.

Pero ya era tarde para tomar precauciones.

De súbito, se abrió la puerta de la cabaña, apareciendo la policía. Todos ellos, armados. Prestos a disparar. Algunos, incluso, con metralletas.

—La cabaña está acordonada —dijo el que les dirigía—. No tienen escape. ¡Manos arriba a todos!

Pero ya Bessy había ordenado a sus hombres:

—¡Disparad! ¡Disparad!

Pero aquellos sujetos no tuvieron tiempo de nada. Intentaron obedecer a Bessy, pero los policías hicieron fuego antes, con increíble y prodigiosa rapidez. Y todos cayeron como segados por una guadaña.

Ni siquiera Bessy llegó a tocar la pistola que llevaba en uno de los bolsillos de su vestido floreado.

Funcionó la metralleta de uno de los policías, y también el cuerpo de la muchacha cayó sin vida en el suelo, aunque no sin que antes quedara agujereado por cien lugares distintos el de su padre, que se le antepuso, ya que hasta el último momento quiso defenderla.

Ya sólo quedaban en pie Richard y Valerie.

—Gracias por su información, señor Mibbons —le dijo el sargento, yendo hasta él y tendiéndole la mano—. Y gracias por querer colaborar con nosotros, aun a riesgo de su vida. Le debemos un buen trabajo.

CAPÍTULO XVI

Richard paseaba un poco nerviosamente por el jardín de la clínica.

Sabía que todo había ido bien, que la operación de Valerie había sido un éxito, pero no podía evitar la emoción de aquel primer encuentro, que ya no tardaría en producirse.

Ella no había querido que fuera a verle a su habitación. Había querido ser ella quien se dirigiera a su encuentro, así que el doctor le autorizara a ello. Y el momento había llegado.

Pero Richard se encontró con unos amigos, que eran hermanos, y que iban a visitar a un familiar. Y formaron un grupo mientras se saludaban.

Fue precisamente entonces cuando desde lejos oyó la voz de la muchacha:

—¡Richard!

La vio venir, hermosa, corriendo hacia allí.

Sin embargo, a su lado había otros jóvenes. ¡No debía saber quién de ellos era Richard Mibbons! Por lo menos, él lo pensó así.

Pero al llegar al grupo, Valerie no dudó un solo instante y se colgó impulsivamente de su cuello.

—¡Richard! ¡Qué felicidad poder verte!

* * *

Del cementerio no volvieron a salir voces, ni gemidos. Ya nadie volvió a decir que los muertos gritaban de espanto.

FIN